PQ7489
G27
S5
1920

La Sirena

Gagini

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in
book pocket

LA-SIRENA

FRTI TITLE

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

LUX
LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7489
.G27
S5
1920

a 00003 071703

CARLOS GAGINI

LA SIRENA

NOVELA

IMPRENTA Y LIBRERIA TREJOS HNOS.
SAN JOSÉ, COSTA RICA

D & W Walther

This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Form No. 513
Rev. 1/84

RC
C

PQ7489
.G27
S5
1920

CARLOS GAGINI

LA SIRENA

NOVELA

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

1920

IMPRENTA Y LIBRERIA TREJOS HNOS.

SAN JOSE, C. R.

LIBRERIA E IMPRENTA
TREJOS HOS
SAN JOSE
COSTA RICA
SAN JOSE, COSTA RICA

CARLOS CLAVIJO

LA SIRENA

NOVELA

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS
SECCIÓN DE PUBLICACIONES

1920

IMPRENTA Y LIBRERÍA TREJOS HNOS.
SAN JOSÉ C. R.

Entre los papeles guardados en el escritorio de mi íntimo amigo Jorge Medina, cuando tomé posesión de la biblioteca y de los muebles que me legó al partir, estaba el manuscrito que me sugirió la idea de escribir la historia completa de este doloroso drama,—quizá sólo por mi conocido en todos sus pormenores, gracias a las estrechas relaciones que mantengo con los que en él figuran. Reproduzco algunas de las páginas de mi amigo sin retocarlas, y lamento que él no hubiese escrito todas las de este libro, pues su brillante pluma habría trazado el cuadro en un colorido que la mía es incapaz de darle.

453795
892.286
G131s

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lasirenanovela00gagi

I

LA SIRENA

Las tres monumentales arañas del salón, con sus luces multicolores veladas por fanales de cristal deslustrado, permitían admirar la riqueza de los trajes y la belleza de las damas que desfilaban del brazo de apuestos caballeros, a los acordes de la marcha triunfal de Tanhauser.

Aquel baile de trajes hizo época en los anales de la capital costarricense. Allí se dieron cita las más celebradas beldades, los elegantes de nota, los intelectuales más conspícuos, en una palabra, cuanto encerraba San José de más valioso.

Pero ni los cortesanos de Luis XV con su empolvada peluca, ni los arrogantes mosqueteros, ni los almirantes suizos ni los mil disfraces más o me-

nos originales ideados por los sastres, llamaron tan poderosamente la atención como el uniforme de capitán de la guardia civil española que lucía Jorge Medina.

El rojo peto de la casaca azul y el pantalón blanco, aprisionado por las botas de charol, delineaban admirablemente su cuerpo a la vez fuerte y esbelto; el tricornio sombreaba su varonil fisonomía y realzaba la negrura de sus ojos y de su recortado bigote.

Miembro de una de las más distinguidas y acaudaladas familias del país, Jorge recibió a los veinte años su herencia que aumentó considerablemente en negociaciones agrícolas, mientras sus padres vivían de sus rentas en Europa.

Ni su cuantioso caudal ni el mimo de que era objeto de parte de la sociedad josefina lograron corromper su corazón ingenuo y romántico; y mientras otros en su posición contarían por docenas las aventuras escandalosas, él no tenía en su haber sino algunos idilios y flirteos inocentes, consagrando la mayor parte de su tiempo a sus negocios y a la pintura.

Muchas eran las damitas que bebían los vientos por Jorge; pero ninguna más apasionada que la rubia Anita Pérez, a quien daba el brazo al comenzar el baile.

Si la entrada de la gentil pareja produjo un murmullo de admiración, no fué menos el que causó la aparición de la dueña de la casa, acompañada del Presidente de la República.

Era una mujer soberanamente bella, nacida para ceñir una corona: de cuerpo airoso y formas

opulentas, abundante cabellera castaña orlada con una diadema de brillantes, naríz aguileña y ojos de mirada imperativa, labios apretados y finos que denotaban extraordinaria energía y casi crueldad, y un andar a un mismo tiempo desembarazado y majestuoso.

Su traje de odalisca, de seda violeta salpicada de perlas, dejaba adivinar las admirables curvas de su talle y de sus muslos, elegantes como las de una ánfora etrusca; y el silencio que siguió a su aparición fué el mejor homenaje a su belleza.

Quién era? Al decir de algunos una mejicana, según otros salvadoreña. Su marido, diplomático guatemalteco, casi siempre andaba en misión oficial por Europa, mientras ella distraía sus ocios en el palacio que poseía en la Avenida Central de la capital costarricense.

Jorge no reparó en ella al principio, tan enfrascado estaba en la conversación de su novia; mas en la segunda danza, cuando valsaba con la señorita Morales, una de sus amigas, pudo advertir que los ojos de la señora de la casa estaban fijos obstinadamente en él.

Nada más natural: ella era la reina del baile y él el rey. Dos días antes se habían conocido en el tren, con motivo de un incidente entre la dama y el conductor, arreglado por mediación de Jorge. Conversaron, él hizo su presentación y al día siguiente fué invitado para el baile.

Cuando calló la orquesta, creyó de su deber ir a presentar sus respetos a la bella odalisca, doña Isabel de Cerna, quien le recibió cordialmente y le cedió la siguiente pieza.

Valsaron juntos, en medio del murmullo de admiración de la concurrencia. La boca de él rozaba la frente de ella y los castaños rizos de los cuales se desprendía un perfume embriagador, algo como una esencia oriental que trastornaba los sentidos y el alma. Nunca pudo recordar lo que la dijo ni lo que ella contestó; pero cuando terminó el vals, ella presentó su carnet al apuesto mancebo, cediéndole la cuarta pieza, solicitada por el Presidente de la República,

Aquel alto Magistrado, cuya inclinación hacia la dama no era un secreto para nadie, se retiró ofendido antes de las once de la noche; y Jorge volvió a bailar dos, tres y cuatro veces con la señora de Cerna, y al terminar la fiesta a las cuatro de la mañana, la gentil Anita Pérez se retiró pálida, nerviosa, del brazo de un primo suyo, mientras Jorge, el último en despedirse, cambiaba un efusivo apretón de manos con Isabel, la cual le dijo en voz baja:—«Mañana a las siete de la noche ¿verdad?».

Ya en la calle, Medina caminó silencioso largo trecho al lado de su amigo íntimo (1) y de pronto le dijo:

—Esa mujer me tiene loco. ¡Qué belleza, qué talento, qué encanto!

—Tienes razón: esa mujer es una perfecta sirena a quien hay que admirar de lejos.

Durante el baile pude observar la labor de seducción que aquella infernal mujer realizó hábil-

---

(1) N. del A. Ese amigo era yo.

mente para cautivar a mi amigo, mosca inocente enredada en los hilos de astuta araña, y por eso juzgué de mi deber prevenirle contra el peligro. ¡Vana ilusión! ¿Qué valen ante el apasionado ofuscamiento la razón, ni la lógica, ni la amistad ni la experiencia?

II

LA CONQUISTA

Otro día, Jorge acudió puntualmente a la cita, so pretexto de presentar sus homenajes a la gentil dama que había tenido la amabilidad de convidarle.

Un lacayo le condujo a un saloncito japonés, cuya atmósfera saturada con el aroma del té legítimo de la China, excitaba los nervios y predisponía al ensueño.

Pocos minutos después apareció Isabel, ataviada con el traje de las señoras de Tokio, y le dijo sonriendo al tenderle la mano:

—Veo que es Ud. buen militar, pues se presenta a la hora exacta. Pero temo haber sido imprudente al señalarla, porque quizá es en la que

Ud. acostumbra visitar a la bella Anita, la reina del baile de anoche.

Jorge, todo turbado contestó:

—No tengo hora determinada para ir a casa de esa señorita; pero si la tuviera, con mucho gusto habría trocado aquella visita por ésta.

—Adulador!—dijo ella, sonriendo maliciosamente y dándole un golpecito en la mano con el abanico—¿Cómo puede Ud. hacerme creer que la vista y conversación de una extraña tengan para Ud. más atractivo que la compañía de la mujer amada?

La confusión de Jorge subió de punto. Viniéronle deseos de gritarle: «La mujer amada era hasta anoche Anita, pero hoy eres tú». Sinembargo, recordó la posición de ambos y se contentó con fijar los ojos en la chinela de terciopelo bordada de perlas, que su interlocutora acercaba a su pie, mostrando el arranque de una pierna soberbia, calzada con fina media de seda color de pizarra.

Ella le observaba sonriendo, recostada en el diván, con los ojos entornados, mientras cruzaba detrás de la cabeza sus brazos desnudos en la amplia manga del kimono.

Jorge no pudo contenerse más. Volvióse hacia ella, se apoderó de una de sus manos que oprimió apasionadamente entre las suyas, y con voz alterada por la emoción le dijo:

—Isabel, perdóname, perdóneme Ud., yo no sé lo que digo. Desde anoche vivo en otro mundo, me parece que es otro el eje de mi vida, que si hay alguien digno de mi amor no es la criatura insustancial, anodina que Ud. ha declarado reina del

baile, sino la mujer sublime, cuya belleza, cuyo talento, gracia y espíritu, subyugan todos los corazones. Yo no amo, yo no puedo amar más que a una mujer, a tí, a usted....

—¡Loco!— replicó ella poniéndose repentinamente seria—¿olvida usted que habla con una mujer casada, a quien ofende gravemente con sus atrevidas frases?

Jorge calló por largo rato, anonadado por aquella inesperada salida: pero luego se recobró y prosiguió con vehemencia:

—Perdóneme Ud., Isabel: tiene Ud. razón: estoy loco y como tal debe Ud. oirme sin ofenderse. ¿No tiene el mar sus borrascas? ¿No azotan los huracanes las tierras, sembrando la desolación y el espanto? Pues si en el mundo físico las fuerzas naturales parecen proceder ilógicamente, ¿por què en el moral se han de tachar de absurdas las que lo impelen a uno a manifestar francamente los impulsos del alma?

Quedóse ella pensativa algunos segundos y luego con un fruncimiento de cejas y con tono reposado contestó:

—Es usted un niño; pero desde que le conoci a Ud. supe apreciar las excepcionales cualidades que le adornan. Conozco bien el mundo y en particular a los hombres: casi todos obran a impulsos de un fin interesado y egoísta; pero hay un grupo reducido, selecto, de espíritus superiores, una aristocracia intelectual cuyo trato constituye la felicidad suprema para una mujer que, como yo, no ha nacido para ahogarse en la prosa de la vida, sino para

embriagarse en las sublimes delicias del arte, en una atmósfera menos asfixiante y mezquina.

Me bastó una mirada para comprender que usted pertenece al grupo de los elegidos y desde entonces pensé cultivar sus relaciones para alejarme de esta sociedad vulgar dentro de la cual estoy condenada a vivír durante algunos meses. Aborrezco todo lo insustancial y prosaico, odio a los tontos, mi mayor mortificación es sostener esas conversaciones de sociedad, hartas de necedades y lugares comunes en que no hay una idea profunda, un sentimiento delicado, una ocurrencia espíritual o un chiste ingenioso. Egoísmo, dirá usted: es verdad; pero ¿quién podrá censurarlo si cada uno procura proporcionarse a su modo la felicidad, y la mía está en la comunión de almas privilegiadas como la de usted?

Jorge la escuchaba absorto, pálido, con los ojos fijos obstinadamente en aquellos pies diminutos que jugueteaban a pocas pulgadas de los suyos.

Ella le miró de hito en hito y continuó, lanzando un suspiro:

—Quiero ser franca con usted y descender a interioridades que nadie conoce, ni mis amigas íntimas. ¿Por qué procedo así? Porque en sus ojos leo la ingenuidad de su corazón, porque imagino que nuestras almas gemelas se comprenden mutuamente, y sé que es usted la única persona que dará crédito a mi historia, sin tacharme de impostora o hipócrita.

«Contaba apenas dieciocho años, cuando mi padre, hombre terrible y autoritario, me obligó a desposarme con Manuel de Cerna, diplomático de

carrera, inteligente, culto y rico, pero el menos apropósito para hacer la felicidad de una mujer sensible, pues toda su atención y su interés se cifran en los protocolos, en las claves de su correspondencia y en las combinaciones e intrigas de los gabinetes extranjeros. ¡Cuánto he sufrido, cuánto he llorado! A Ud. puedo decírselo, porque adivino que su alma generosa y amable sabe apreciar todos los dolores de la mía. Vivir con mi marido en un rincón del mundo, el uno para el otro, y ver deslizarse allí los días en placidez y sosiego, tal era mi ensueño, el ideal de mi vida. En cambio ¿cuál ha sido mi existencia de casada? Indiferencia, frialdad, olvido. ¡Dios mio! ¿Qué es lo que yo he hecho para merecer tan cruel castigo?

Un sollozo interrumpió sus palabras, Jorge, fuera de sí, se inclinó hacia ella y oprimiendo su mano que no había soltado de entre las suyas, murmuró con voz apasionada:

—Isabel, si es usted desgraciada, hay corazones sinceros que la aman y pueden mitigar sus penas. El mío es el más humilde, pero no el menos dispuesto a endulzar su vida de amargura.

—Gracias, contestó ella, oprimiéndole la mano.

Después de un momento de silencio añadió, apartándose un poco:

—Yo le juro a usted que he sido siempre leal a mi esposo y que no obstante su indiferencia he sabido respetarme y respetar su nombre. !Qué triste opinión se formaría de mí el mundo si oyera las confidencias que estoy haciendo a un amigo de ayer! Pero usted no me juzgará tan ligeramente, estoy

segura: usted no pertenece al montón vulgar y maldiciente para quien la menor palabra de una mujer como yo parece sospechosa y la más inocente acción, criminal. En su sincera amistad puede confiar ¿verdad?

—Ahora y siempre, replicó Jorge, apoderándose nuevamente de una de sus manos y dirigiendo sus miradas al medallón de oro que ella llevaba en el cuello y que se había abierto casualmente. Observólo ella y se apresuró a cerrarlo, no sin que sus mejillas se tiñeran de ligero rubor.

—¿Se puede saber que guarda Ud. allí con tanto cuidado? dijo él con cierto despecho.

—¿Por qué no? Es la imagen del ingrato, de mi marido.

Jorge inclinó la cabeza, como abrumado por la fatalidad, mientras ella le observaba con sonrisa a la vez cariñosa y burlona.

Despidióse él con cierta seriedad y ya en la escalera le dijo ella:

—¿Tendré el placer de verle pronto?

—Cuando usted lo permita.

—¿Mañana, entonces?

—Mañana.

III

EN PLENO IDILIO

En las grandes crisis de la vida, cuando hondas emociones vienen a interrumpir la rutina de nuestra existencia, se siente más que nunca la imperiosa necesidad de confiar a un pecho amigo nuestro estado de ánimo, menos para pedir consejo que para compartir el peso que nos abruma. Al inseparable amigo de la infancia y de la adolescencia (1) se dirigió Jorge en la mañana del día de su segunda visita y le abrió su corazón ingenuamente, como el niño que habla con su madre. ¿Era aquella mujer una aventurera, diestra en las lides del amor y del fingimiento? ¿Era, por el contrario, una de

(1) El autor de este libro.

tantas víctimas de la tiranía paterna y conyugal, condenadas a arrastrar una existencia miserable al lado de un esposo a quien ni aman ni admiran? ¿Habíale *él* inspirado realmente íntima simpatía o quería *ella* convertirle en instrumento de sus planes y juguete de sus caprichos? Una sola cosa era cierta para Jorge: que estaba perdidamente enamorado de Isabel y dispuesto a no respetar convenciones sociales ni vallas de ninguna especie, interpuestas entre él y aquella mujer extraordinaria.

Su amigo escuchó la extraña relación en silencio y después de larga pausa dijo reposadamente:

—El caso me parece muy grave, chico, y es menester andar en este asunto con pies de plomo. ¿Conoces los antecedentes de esa señora? ¿Sabes si ha tenido otras aventuras? A menos que una súbita pasión por tí haya surgido en ella—como ocurre frecuentemente en las mujeres—no me explico por qué ha de hacer íntimas confidencias a un conocido de ayer. Yo, en tu lugar, haría minuciosas investigaciones sobre el pasado de esa beldad, sobre su carácter y sus relaciones, y me mostraría más reservado y más observador en mis conversaciones con ella. No se acerca uno impunemente a ciertas mujeres: unas están dispuestas a arrojarse al abismo en nuestra compañía; pero otras nos atraen a él con el exclusivo objeto de perdernos.

—¿De manera que tú piensas que Isabel ...?

—No, yo no pienso nada. Sólo te aconsejaría discreción, prudencia y ecuanimidad en este delicado asunto.

—

Llegada la noche se presentó Jorge en casa de la señora de Cerna. Todos sus propósitos de reserva y de estudiada frialdad se desvanecieron cuando entró en el saloncito en donde la dama le aguardaba.

Una luz azulada, semejante a la de la luna, iluminaba la lujosa estancia: en un canapé Isabel con traje de raso gris y una rosa en el peinado, hojeaba distraídamente un libro. El escote de su vestido permitía admirar las exquisitas líneas de su cuello y el nacimiento de su seno digno de ser modelado por Escopas. Bajo la falda, algo corta, asomaban un pie y una pierna de líneas impecables, en donde se hermanaban la gracia, la robustez y la belleza.

Recibióle con sonrisa a la vez afectuosa y triste, y le hizo sentar a su lado.

—¡Cuánto le agradezco que se haya acordado de mí! dijo dulcemente. Anoche después que Ud. se fué, me arrepentí de haberle dicho que viniera hoy. ¿Con qué derecho puedo yo privarle de su libertad y obligarle a fastidiarse en mi compañía?.

—¿Cómo puede Ud. decir eso.—exclamó Jorge en vehemencia, cuando los breves instantes que paso al lado de Ud. son los más felices de mi vida!

Ella se puso seria repentinamente y bajó los ojos. Después de un corto silencio prosiguió Jorge:

—Quizá la he ofendido con mi franqueza, pero yo soy así y no puedo sea de otro modo. No sé mentir, ni adular ni engañar. Si amo, si odio, no oculto mis sentimientos: mis amigos y enemigos saben siempre a que atenerse.

Como ella continuara seria y silenciosa, Jorge se levantó.

—¿Se va usted? díjo ella alzando hacia él sus ojos humedecidos por las lágrimas.

—Comprendo que la he disgustado. aunque no encuentro en mis palabras nada que....¿Por qué llora usted? añadió solícito, sentándose de nuevo a su lado y apoderándose de una de sus manos, apoyada en el respaldo del diván.

—Usted ha interpretado mal mis sentimientos, Jorge. ¡Ah! yo no puedo hablar con la franqueza con que Ud. lo hace....Ud. sabe que soy desgraciada, que en medio de la sociedad elegante en que vivo y en las extranjeras que he frecuentado, ni un solo corazón ha palpitado con el mío, ni una sola mano amiga ha estrechado la mía. ¡Lisonjas, piropos, cortejos, mentiras, falsía! ¡Qué asco me da todo eso! Yo no puedo vivir sin afectos: si tuviera hijos, a ellos me consagraría por entero; si tuviera parientes, en ellos encontraría el consuelo de mis penas, de la mayor de todas, de un matrimonio sin amor. Mi esposo y yo casi nunca estamos juntos; ahora se encuentra en Méjico, mañana se embarcará con sus protocolos para la Argentina o qué sé yo para dónde, sin escribirme dos líneas, porque yo no existo para él, como él.....no existe para mí. Y sin embargo, yo no le he ofendido ni he tratado de manchar su nombre; cuando nos reunimos me trata con la refinada cortesía de estilo en las cancillerías, como si yo fuese uno de sus colegas. ¿Verdad que no puede ser más dulce mi vida?

Una sonrisa sardónica contrajo sus facciones a la vez que dos lágrimas surcaban sus mejillas.

Jorge se acercó más, preso de inexplicable emoción, y estrechando fuertemente sus dos manos entre las suyas, murmuró casi a su oído:

—Isabel, Isabel, yo la amo a usted con todo el alma, como no he amado nunca en mi vida: recháceme usted, desprécieme, mándeme salir de aquí: siempre seré su esclavo, dispuesto a sacrificar por usted todo: vida, porvenir y hasta mi honor, si Ud. lo exige. Usted se encuentra sola en el mundo, usted que debía ser la más feliz y adorada de todas las mujeres. ¿Quiere Ud, que yo sea su amigo, su hermano?

Ella le miró enternecida, retirando suavemente sus manos: luego con voz melancólica dijo:

—Gracias, Jorge: sus palabras han caído sobre mi corazón como una lluvia que refresca, como un bálsamo que sana, como una música que uno no se cansa de oir, y al escucharlas he recordado la dulce sensación que experimentaba cuando mi madre acariciaba mis cabellos. Pero usted, Jorge, es muy joven y no conoce toda la maldad del mundo: yo que tengo tres o cuatro años más que usted y que he viajado bastante, comprendo que ante los ojos de la maledicencia nuestras relaciones nunca serán inocentes y nadie creería en la sinceridad de nuestro cariño. He pensado que podemos vernos sin dar pábulo a las hablillas de la servidumbre. Usted es uno de nuestros más hábiles pintores. ¿Quiere Ud. hacer mi retrato? De dos a cinco estoy a su disposición.

¿Puede usted comenzar mañana?

Esta sala me parece que tiene suficiente luz.

Un resplandor de inefable felicidad se difundió por el rostro de Jorge al escuchar la proposición: abrió los ojos desmesuradamente como quien no da crédito a sus oídos, y después de dominarse a duras penas, dijo sonriendo:

—Lo único que temo es que el retrato no se acabará nunca.

—¿Por qué?

—Porque una vez terminado ¿con qué pretexto podria yo volver aquí de tres a cinco?.

—Pinte, pues, despacio,—dijo ella sonriendo maliciosamente.

Adelantóse él como para estrecharla entre sus brazos; pero Isabel se apartó dignamente y le dijo con voz firme e inclinando su hermoso rostro:

—En la frente, como hermano.

El la besó con religioso respeto y salió radiante de dicha, como si una nueva vía, luminosa y florida, se hubiera abierto a su paso.

IV

EL RETRATO

La lujosa salita se transformó pronto en un taller de pintor. Un tragaluz en el centro esparcía una claridad propicia para el artista, cuyo caballete, lienzo, paleta y pinceles se alineaban en perfecto orden en uno de los ángulos de la habitación.

Antes de comenzar las sesiones, discutióse ampliamente el traje más adecuado para la heroína: ella insistió en *posser* con su vestido de terciopelo negro, que realzaba admirablemente la blancura de sus brazos y de su seno; pero él alegó que el traje de odalisca, usado en el baile, era el más apropiado a su cuerpo y a su carácter.

Protestó Isabel, por el pensamiento de que una mujer de su posición no podía aparecer oficialmen-

te bajo el disfraz de un baile de máscaras; pero sostuvo él que puesto que ella no había titubeado en mostrarlo en público, nada de extraño tenía que un artista cualquiera hubiese concebido el capricho de reproducir su imagen tal y como brilló en la noche de la regia fiesta.

Vencidos sus escrúpulos, resignóse ella a la voluntad del retratista, especie de tirano que so pretexto de estética, nos somete a su fantasía y nos obliga a adoptar actitudes y gestos realmente antinaturales.

¡Qué deliciosas sesiones aquellas que pasaron entre el pintor y su *sujeto* en el elegante palacio de la Avenida Central! De tres a cinco, invariablemente sentábase él con su larga blusa gris delante del caballete, mientras ella, medio acostada en el diván de terciopelo, adoptaba una posición lánguida, sin apartar un instante los ojos de los del artista!

¡Cuántas veces dejaba él a su lado los pinceles, y con las manos sobre la frente se quedaba en extática contemplación de aquella espléndida belleza, de aquel incitante cuerpo cuyas escultóreas desnudeces habrían vuelto loco a un refinado pintor del Renacimiento, y cuyas lánguidas miradas habrían hecho hervir la sangre de un hombre menos joven y apasionado que Jorge!

El retrato progresaba lentamente: sin embargo, las vigorosas líneas que esbozaban la celestial figura eran irreprochables, reveladoras del amor que el artista consagraba a su obra.

Como acontece en todas las poblaciones tan reducidas como nuestra capital, para nadie era un misterio que Medina estaba pintando el retrato de

la señora de Cerna; pero si bien los comentarios no eran nada favorables a entrambos, el mundo no podía condenar lo que a los ojos de todos era explicable. Por otra parte, Jorge mostraba entre sus amigos tal impasibilidad, que la más ligera broma habría parecido inoportuna y nadie se habría atrevido a dársela, conociendo la resolución y reserva de Jorge.

Una tarde de Julio el calor era insoportable: parecía que un vapor de fuego cada vez más intenso descendía del cielo y sumía todos los seres de la naturaleza en un sopor irresistible. Isabel se removió en el diván y luego fijó sus ojos medio entornados en los de Jorge, con una expresión tan acariciadora que el joven pintor suspendió su tarea, dejó a un lado sus pinceles y se dirigió lentamente al modelo. Sentóse a su lado y, sin que ella opusiese resistencia, rodeó su talle con el brazo, la atrajo a sí y la besó en los labios. Ella se abandonó lánguidamente, y entonces él la sentó sobre sus rodillas, oprimiéndola apasionadamente.

Al despedirse aquella tarde, ella lloraba con desconsuelo, mientras él, bebiendo sus lágrimas en sus mejillas, le decía trastornado:

—Mia, eres mía para siempre.

¿Verdad?

—Tuya para siempre.

V

LAS PRIMERAS NUBES

Habitaba Jorge en una preciosa *villa*, cerca de la Estación del Atlántico, erigida en el centro de una hectárea de bien atendido jardín, defendido por una tapia de cipreses geométricamente recortados. La dorada verja, sostenida por dos pilastras de mampostería rematadas por artísticos jarrones de bronce llenos de orquídeas, daba acceso a una callejuela enarenada que iba a terminar, sombreada por copudos sauces, al pie de la escalinata de granito que conducía al vestíbulo El interior estaba alhajado primorosamente, desde el taller de pintor, provisto de excelentes tragaluces, caballetes, paletas y modelos; desde la biblioteca con sus tres mil volúmenes escogidos de ciencia y literatura, hasta las

habitaciones amuebladas con lujo oriental y exornadas con copias de los más celebrados cuadros y esculturas de la antigüedad clásica.

Para muchos, esas casas aisladas en medio de un vasto solar propio simbolizan el egoismo de sus habitantes; para otros, y es lo más probable, sintetizan el afán de las almas superiores de sustraerse al contacto de la plebe, incapaz de comunión con lo que es bello y elevado.

Difícil sería hallar en Costa Rica una casa en que se aunasen con tan armonioso concierto la riqueza, la comodidad y el buen gusto. Pero ¿qué mucho si su dueño era un artista y a la vez uno de los más acaudalados hijos del país?

Su servidumbre se componía de un cocinero negro, antiguo jefe culinario de los mejores hoteles, de una mujer cincuentona encargada de las habitaciones y de la despensa, y de un criado tan callado y servicial, que su amo le juzgaba indispensable e insustituible.

No tenía Jorge más parientes en Costa Rica que una hermana casada en Puntarenas y un tío domiciliado en Turrialba, de quienes no recibía sino raramente algunas cartas. Dos veces por semana venían a visitarle diez o doce amigos, artistas los menos, vividores los más, atraídos estos últimos por los vinos generosos, las selectas conservas y los deliciosos habanos que el opulento anfitrión guardaba en su bodega.

Charlábase allí de literatura, de artes y novedades mundiales, con su buena dosis de chismografía, sal y pimienta de todas las conversaciones sociales.

No pasó inadvertida para los comensales de Jorge la preocupación que en aquellos días sombreaba su rostro varonilmente hermoso. Los íntimos, fingiendo la más inocente candidez, le preguntaron por los progresos del retrato encargado por la señora de Cerna. Jorge, educado en el disimulo por la inmoral sociedad en cuyo seno vivía, respondió con la más perfecta indiferencia:

—Oh! esa señora me tiene aburrido. Nunca está contenta de mi trabajo y me obliga a borrar cada día lo hecho el anterior. Estoy fastidiado: yo creo que ni Rafael ni Tiziano tuvieron nunca un modelo más caprichoso e impertinente.—Al levantar la copa de champaña, advirtió que sus amigos cruzaban maliciosas miradas.

Cuando fué al día siguiente al palacio de la Calle del Comercio, dijo a Isabel:

—Hay que acabar el retrato lo más pronto posible. Mis amigos creen que se prolonga demasiado y sus murmuraciones pueden perjudicar tu reputación. Debemos ser más cautos y espaciar nuestras entrevistas.

—Bueno—dijo ella intensamente pálida: estás fastidiado de mí y quieres buscar un pretexto para abandonarme.

—¡Isabel, Isabel! ¿Cómo puedes pensar ni por un momento que yo te ame menos que el primer día?—Y estrechándola entre sus brazos a la vez que la sentaba sobre sus rodillas, continuó:

—Lo decía por tí, por tu porvenir social. Evitemos todo lo que pueda dar pábulo a la maledicencia y pensemos en la manera de poder vernos sin ser víctimas de las hablillas.

Ella se quedó un momento meditabunda y de pronto con expresión radiante exclamó:

—¿Sabes, Jorge, que tengo un capricho? Deseo conocer tu casa, que según es fama, encierra tesoros de arte.

—Nada más sencillo. ¿Por qué no vienes hoy o mañana?

—¿Y la maledicencia que tanto temes? Oye: tengo mi plan. En Cartago está una compatriota mía enferma del pecho. Mis criados saben que yo me intereso por ella y así no han de extrañar que yo desee estar unos días a su lado para asistirla. Mañana anuncio mi resolución, dejo a mi fiel Agueda al cuidado de la casa, tomo el tren de las cinco y veinte, y en lugar de ir a Cartago me bajo en la estación de Fuentes, regreso a pie y....

El le tapó las últimas palabras con sus besos.

—¡Ocho días contigo, Isabel! ¡Ocho siglos de felicidad! Pero ¿cómo nos las arreglaremos para nuestras necesidades? ¿Quién atenderá a nuestros menesteres? ¿Y la cocina, y....?

—¡Chiquillo inocente! Inventas un viaje al volcán Poás, mandas a los criados a su casa por una semana, dándoles algo para que gocen durante esa vacación: contratas en un hotel la comida que deben llevar a la casa a las doce y a las seis, y en la cocinilla eléctrica preparo yo por las mañanas nuestro desayuno.

Jorge creía soñar. ¡Cómo! poseer durante ocho días aquella soberana beldad para sí solo, forjarse la ilusión de que era suya, exclusivamente suya, y repetir dentro del cerco de cipreses el eterno idilio

de dos enamorados que en su sublime egoísmo se aíslan del mundo para saborear la inefable dicha de confundirse en un solo cuerpo y una sola alma!

——

Al oscurecer del día siguiente, por la línea férrea del Mojón a San José avanzaba con paso rápido una mujer envuelta en amplio impermeable azul, cuyo capuchón ocultaba su rostro para librarlo de la fina llovizna. En la mano izquierda llevaba una valija pequeña, oculta debajo de la capa. Antes de llegar a la Estación torció hacia la izquierda y se detuvo un momento delante de una *villa* de artística apariencia; y como la verja estaba abierta, penetró resueltamente, haciendo crujir la menuda arena bajo sus diminutos piececitos.

Un momento después estaba en brazos de Jorge. Trocó luego su lujoso traje de seda por una transparente bata de muselina, y comenzó a inspeccionar con la curiosidad de una chiquilla todas las habitaciones de la casa. Extasiábase ante los cuadros, lanzaba gritos de admiración ante los bustos de mármol, y finalmente, hallando en el salón un magnífico piano, se puso a tocar trozos de música italiana.

—¿Sabes, chiquillo?—dijo de pronto, haciendo girar la banqueta y mirando a Jorge que la contemplaba embelesado.—La música alemana me revienta con sus acordes científicamente combinados y sus armonías interminables que recuerdan los cantos del salvaje. Es música para la inteligencia, música que hace *pensar*, como la de Wagner; pero

yo necesito música que haga *sentir*, y para ello no hay nada como un trozo de Donizetti o de Verdi.

Pasó luego al escritorio y se empeñó en registrar todas sus gavetas para descubrir los secretos amorosos que en ellas se encerraban. En vano Jorge protestó que él nunca había tenido una pasión seria: ella se obstinó en que le mostrara las cartas y el retrato de Anita Pérez, sospechando que las tenía ocultas en el bolsillo de la americana.

El entonces con la sinceridad que su alma recta y pura ponía en todas sus palabras, le confesó que las había quemado la noche del baile de trajes, cuando comprendió que una pasión mil veces más intensa se había apoderado de su ánimo.

—¡No puedo creerlo! exclamó ella radiante.

—Te lo juro por lo más sagrado.

Entonces ella por primera vez se arrojó en sus brazos y le besó en la boca.

——

Isabel desempeñaba a conciencia sus funciones de ama de llaves. A las seis ya estaba levantada, preparando en la cocinilla eléctrica el desayuno para su madrugador amante. Antes de la siete se sentaban ambos a la mesa, delante de dos platos de huevos fritos con jamón y de la humeante y aromática cafetera.

A las doce y a las seis de la tarde un mozo del hotel Washington traía una fiambrera bien provista y caliente, que Jorge recibía en la puerta entreabierta. El resto del día lo distribuían entre lecturas, música, palique amoroso alternado con be-

sos y caricias, y uno que otro brochazo en el retrato, que Jorge había trasladado a su casa unos días antes. Ella había traído en su valija la *Caida del padre Mouret*, de Zola, y encontraba estrecha anología entre aquellos amores paradisíacos, encerrados en los altos muros de un extenso huerto, y los suyos, confinados en las habitaciones de una quinta. ¡Lástima que no fueran de piedra y más altos aquellos recortados setos de cipreses! Desquitabánse, sin embargo, por las noches, a favor de cuya sombra podían vagar a sus anchas por el jardín con la libertad de las protagonistas de la novela.

¡Cómo habría deseado él que aquella vida durase eternamente! Pero el viernes le anunció ella que al día siguiente le era preciso volver a su casa, so pena de despertar sospechas y murmuraciones. Después de la comida observó ella que Jorge permanecía largo rato pensativo, con el entrecejo fruncido y la mirada vaga, como quien tiene una pena que no puede confiar a nadie.

—¿Qué tienes?—dijo Isabel con mimo atusándole cariñosamente los cabellos: ¿tan pronto te has fastidiado de mí? No te aflijas por eso: mañana dejaré tu casa y si es tan profundo tu odio hacia mi, el remedio está en la mano: no volveré.

El la contempló largo rato sin chistar palabra; luego, gravemente, como quien domina una emoción superior a su voluntad, respondió:

—Cuando dos personas se aman como nosotros; aunque no estoy muy seguro de que la correspondencia sea mutua, cada una procura demostrar a la

otra la sinceridad de su cariño y disipar las nubes de la duda.

—¿Acaso no te he sacrificado mi honor, mi dignidad, mi vida, pues mi marido me mataría sin vacilar si supiera nuestras relaciones? repuso ella reprimiendo un sollozo. ¿Eres muy ingrato, Jorge?

—Alli guardas el retrato de la persona que más amas, añadió él, poniendo la mano sobre el albo seno de su amada: si no le amas ¿por qué conservas esa reliquia?

—Tienes razón, replicó ella: no me había acordado. ¿Es posible que esa bagalela te haya puesto de mal humor? Mira allí en el escritorio hay una miniatura tuya, primorosamente pintada, acaso para el guardapelo de Anita. ¿Quieres que lo guarde en el mío? ¿Qué más podría desear yo? Tú conoces a mi marido ¿Verdad?

—Jamás lo he visto.

—Aquí le tienes.

Abrió el guardapelo y entregó a Jorge el diminuto retrato de un caballero como de cuarenta años, el perfecto tipo del diplomático, con naríz aguileña, negras patillas y una expresión de misteriosa gravedad.

En lugar de romper el retrato, Jorge se lo guardó con disimulo en el bolsillo, después de contemplarlo un rato, mientras ella se dirigía al escritorio, tomó la miniatura y la puso dentro del relicario de oro: y sentándose de nuevo al lado de su amante murmuró a su oído:

—¡Tontuelo! ¿qué necesidad había de tener tu imagen encerrada en un guardapelo, si la conservo viva en mi corazón?

El la besó emocionado y no hablaron más del asunto.

Al día siguiente por la tarde despidióse Isabel con mil ternezas, prometiendo volver el viernes próximo con el mismo pretexto de la amiga enferma, y dirigiéndose a pie a San Pedro tomó el tren para San José, a fin de que su fiel criada, que la aguardaba en la Estación, creyese que realmente regresaba de la antigua metrópoli.

Cuando Jorge se quedó solo sacó el retrato y lo miró detenidamente; en el reverso vió con sorpresa un número 4 escrito con tinta.

¿Qué podía significar? ¿Casualidad? ¿Acaso el recuerdo de una fecha que a él se le antojó dolorosa? Resolvióse a esperar el viernes siguiente para satisfacer sus dudas.

Reanudóse otro día la vida regular de la casa: volvió la servidumbre, y volvieron también el martes por la noche los amigos, a quienes Jorge refirió sus imaginarias aventuras en el volcán, y por primera vez nadie se enteró en la capital del idilio que durante ocho días se había desarrollado dentro del recinto de cipreses. ¡Con qué impaciencia contó Jorge los días, las horas, los minutos, que le separaban de aquel suspirado viernes! ¿Vendría ella? ¿Habría dejado ya de amarle? ¿Llegaría en el próximo vapor su marido? Estas y otras imaginaciones le torturaron hasta el viernes al anochecer, hora en que él atisbaba desde el vestíbulo la verja. Aquella hora le pareció eterna: en toda la semana no había ido a la casa de Isabel, temeroso de la vigilancia de los chismógrafos, ni había recibido noticia algu-

na de ella. Inmensa fué, pues, su emoción cuando entre las sombras del crepúsculo vió dibujarse en la callejuela enarenada el vago contorno de una mujer envuelta en amplio impermeable azul con capuchón sobre la cabeza y una valija en la mano. Corrió a su encuentro con el ansia del que creyendo perdido su tesoro lo recobra inesperadamente.

Renovóse en el recinto de los recortados cipreses el idilio de la semana anterior y de nuevo los bancos del jardín fueron en la sombra testigos de sus amantes deliquios. De nuevo el piano los arrobó con la cascada de notas arrancadas por Isabel en momentos de inspiración; de nuevo las páginas de obras selectas elevaron sus espíritus y sublimaron sus pensamientos y emociones con esa fuerza que sólo sabe comunicar el arte; pero sobre todas las escenas de placer ahora repetidas parecía cernerse una sombra que uno y otro se empeñaban en disimular. ¿Era que según una ley natural el ardor de los primeros días había menguado, consumido por su propio fuego? ¿Era que la saciedad dejaba en pos de sí el amargo trasabor de todos los placeres satisfechos? Ambos sentían el vago malestar de algo indefinible que pesaba sobre sus almas, sin atreverse a confesarlo.

Una noche, después que ella hubo cantado una apasionada sonata de Tosti, él, que la contemplaba absorto, exclamó repentinamente:

—¿Sabes, Chabela, lo que encontré en el reverso del retrato de tu marido?

Ella le miró con gesto interrogativo.

—Un número 4. ¿Quién lo escribió y qué significa?

Isabel pareció algo turbada, reflexionó y exclamó luego con franca risa:

—¿Eso te preocupa? Ya recuerdo: mi marido hizo sacar cuatro copias y las numeró. Dejó dos para los botones de mis puños, el tercero para su madre, y el cuarto para mi guardapelo.

Miróla él con cierta desconfianza brevemente disipada por la serenidad que ella mostraba, y enseguida dijo:

—¿Qué harías, tesoro mío, si mañana viniera tu marido a llevarte?

Prorrumpió ella en estrepitosa carcajada.

—¡Llevarme mi marido! ¡Si nunca lo ha hecho! Parece hallarse divinamente sin mí. Si ocurriera lo que dices, no me faltaría pretexto para quedarme! Yo no puedo vivir sin tí, y lejos de tu presencia me marchitaría como las plantas privadas de la luz del sol.

Díjo esto con tal sinceridad y calor que Jorge, arrepentido de sus dudas, la atrajo contra su pecho y la besó largamente en los labios.

El viernes, sin embargo, el día de la partida, ella estaba melancólica y él desasosegado.

Al despedirse no pudo Isabel contenerse y rompió a llorar.

Jorge le estrechó las manos y le preguntó solícito:

¿Por qué lloras?

—Porqué ya no me quieres: no me has preguntado siquiera cuando vuelvo.

—La otra vez no aguardaste a que te lo preguntara. ¿Recuerdas? Tú eres la que estás hastiada de mí.

—¿Quieres, pues, que venga la semana entrante?

—¿Quién lo duda?

Se despidieron algo más friamente que la semana anterior, y él, después de cerrar la verja, permaneció por espacio de una hora en su escritorio, con la frente apoyada en ambas manos. Aquella mujer era para él un enigma. ¿Le amaba de veras o era él objeto de un simple capricho de una aventurera? La turbación que él creyó advertir en su rostro cuando le habló del número inscrito en el reverso de la miniatura, fué una espina que se clavó en su corazón y que las más sensatas reflexiones no lograron arrancar. Su reputación, su porvenir mismo estaban comprometidos en aquella extraña aventura, y era preciso cortar el nudo gordiano. El no podía vivir sin ella; Isabel resumía en sí cuanto puede ambicionar el intelectual más exigente; talento, ilustración, belleza, pasión y gracia.

Estaba convencido de que no podría amar a otra mujer tan perfecta como aquella, y en sus cavilaciones decidió proponerle la fuga a un lugar distante, en donde vivirían el uno para el otro, sin preocuparse de los decires del mundo.

Casados o no, mientras se amasen febrilmente como hasta allí, cualquier rincón de la tierra podía convertirse en un paraíso. Con tan risueños proyectos se durmió Jorge aquella noche, resuelto a proponer a Isabel, en la próxima entrevista, el plan de su futura y eterna felicidad.

VI

LOS NUBARRONES

«Pueblos epilépticos» llaman los yanquis a los de la América Central, y a fé que no les falta razón. No pasa un año sin que una conmoción interior o una guerra exterior produzcan convulsiones más o menos graves para el equilibrio y el porvenir de las cinco repúblicas. En sus respectivas capitales vive siempre un grupo de emigrados de la nación limítrofe, arrojados de su pais por el triunfo de la facción contraria, quienes encuentran hospitalidad amplia, buenas relaciones y dinero en abundancia. En la vida de continua alerta, de mutuos recelos, como las de los antiguos palenques-indios, en que se desarrolla la existencia política de estas naciones, los emigrados son arma poderosa: son la es-

pada de Damocles suspendida sobre la cabeza del Gobierno vecino. ¿Que éste se muestra desleal o rehusa cumplir los compromisos?

Se arma a los emigrados y se les arroja sobre su propio país para derrocar el poder que iba resultando enojoso para el gobernante interesado. Confían los pueblos centroamericanos en que un cambio de personas traerá la felicidad de la nación. ¡Ilusión engañosa! Cada nuevo mandatario hará lo mismo que el anterior, esto es, asegurar su porvenir y el de sus adeptos, repartiéndoles sendas prebendas en forma de concesiones o contratos. I así continuarán las cosas hasta que el pueblo, educado cívicamente, aprenda que la felicidad de la nación no estriba en que Fulano o Zutano suban al poder, sino en que gobernantes y gobernados aprendan a respetar lo que constituye el eje de la libertad: la ley.

Serias dificultades habían surgido entre Nicaragua y Costa Rica con motivo de los mismos emigrados, y por lo tanto los gobiernos de las repúblicas hermanas habían resuelto enviar sus respectivos diplomáticos a la capital *tica*.

El de Guatemala llamó apresuradamente al Dr. Cerna, que se encontraba en México; pero el primero en llegar, por hallarse más cercano, fué el de El Salvador, el doctor Alberto Barrios, joven diplomático de carrera, independiente y riquísimo, que había viajado por las principales cortes de Europa, adquiriendo profundos conocimientos de los hombres, de las cosas y de los idiomas.

Fué recibido en Costa Rica con palmas, pues su presencia auguraba una era de paz y de cordia-

lidad. Se lo disputaron a porfía las familias aristocráticas, las sociedades literarias y científicas; fué invitado a visitar la Escuela Normal de Heredia, para deslumbrarlo con la apariencia del edificio suntuoso por fuera, vacío por dentro, y el Gobierno dispuso festejarle con jiras campestres, banquetes y un baile de gala en el Teatro Nacional.

Era el doctor Barrios un hombre de unos treinta años, extraordinariamente simpático, moreno, algo grueso, de cabellos ensortijados y bigote negro retorcido a la moda kaiseriana, con un prodigioso repertorio de chistes y anécdotas, recogido en los diversos países que había visitado, y sobre todo, con un *gancho* especialísimo para las damas, cuyo lado flaco conocía admirablemente, repartiendo con habilidad suma sus lisonjas y halagando con exquisito tacto la debilidad de cada una. No se necesitaba tanto para trastornar el seso de la sociedad josefina, siempre ávida de novedades, de suerte que en pocos días no se hablaba en la capital sino del diplomático salvadoreño y de sus estupendas aventuras en Europa.

En puridad de verdad, el doctor Barrios no parecía prestar grande atención a las manifestaciones de simpatía que el bello sexo capitolino le ofrecía diariamente delante de su hotel. A las dos de la tarde, hora en que terminaba su comida, se arrellanaba en cómoda poltrona en el balcón de la fonda, comenzaban a desfilar por la acera de enfrente señoritas vestidas con vaporosos trajes, luciendo medias de todos los colores imaginables, que procuraban mostrar hasta la altura permitida por la decencia.

Secundaban los periódicos esa labor de populalaridad, pues diariamente registraban gacetillas como ésta: «Ayer visitó el ilustre Dr. Barrios el Asilo Chapui y donó trescientos colones al establecimiento para sus más perentorias necesidades». O bien: «Esta mañana el señor Ministro de Gracia y Justicia llevó al insigne diplomático Dr. don Alberto Barrios a visitar el Hospicio de Huérfanos, y el generoso huésped de esta república regaló a aquel centro de caridad la respetable suma de quinientos colones». Y aunque las sumas mencionadas salían como es fácil presumir, del erario salvadoreño, la gente las atribuía a la munificencia del jóven Ministro y le colmaba de bendiciones y de alabanzas.

El baile oficial fué regio; jamás «nuestro coliseo», como han dado en llamarle los periodistas chirles, había ostentado tanta pompa, buen gusto y riqueza.

Desde las cantinas, provistas de cuantos vinos generosos y espumosos es dado imaginar, hasta el espléndido *buffet*, cuya infinita variedad de platos bastaría a satisfacer los deseos del paladar más exigente, todo auguraba una noche de placer sin límites, en la cual los pobres empleados sacarían la tripa de mal año.

Excusado es decir que todas las miradas estaban pendientes del héroe de la fiesta y que todos sus movimientos eran observados y comentados minuciosamente. Cuando en el segundo baile dió el brazo a Isabel, aumentaron los cuchicheos detrás de los abanicos.

La señora de Cerna estaba radiante de belleza: su traje de seda azul celeste le sentaba a las mil ma-

ravillas y dibujaba artísticamente sus incitantes líneas. Su imperial cabeza, su alabastino cuello de divino perfil y su opulento pecho realzado por el escote habrían trastornado de emoción al cincelador más descontentadizo. No es extraño, pues, que detrás de los abanicos circulase una corriente de maledicencia, con amargos comentarios, saturados de venenosa envidia.

Jorge la vigilaba celoso y a menudo se distraía en la conversación que sostenía con sus parejas para atender a la animada que el diplomático mantenía con la suya.

Una emoción desconocida para él le dominaba: dábanle impulsos de desprenderse del brazo de su compañera, abalanzarse sobre el Ministro salvadoreño, abofetearlo y dirigir ásperos reproches a su amada; pero las miradas que ella le dirigía a hurtadillas calmaron su excitación y aplazó sus resentimientos para la pieza siguiente, que bailaría con Isabel.

Cuando salieron a valsar, le dijo ella, oprimiendole fuertemente la mano: —¿Qué tienes? Te encuentro indiferente, disgustado. ¿Te he ofendido en algo?—No, respondió él fríamente. Y después de un largo silencio, añadió: —¿Quieres que vayamos a tomar una copa de champaña, cuando se acaba la pieza?

—Claro está. ¿Qué mayor placer que estar contigo todo el tiempo posible?—Él la miró, como si desconfiase de sus palabras. Cuando cesó la orquesta ambos se dirigieron a la cantina y ocuparon el rincón más apartado de las miradas de los curiosos.

Llenas las copas, ella buscó debajo de la mesa la mano de su amante, y le dijo amorosamente: —¿Por qué no eres franco conmigo, chiquillo? Si algo te disgusta, dímelo para evitarlo. Yo sí que tengo motivos para estar mortificada. Anita Pérez no apartó los ojos de tí. ¿Cuántas piezas te has apuntado en su programa?

—Ninguna. Hace tiempo que ni siquiera me saluda. Pero tú no puedes reprocharme nada, Isabel. ¿Qué conversabas tanto con ese hombre?

—¡Pero niño! ¿Querías que estuviese muda? El conoce a mi marido y me estuvo refiriendo sus comunes aventuras en la Argentina.

—¿Y vas a bailar más con él?

—Otra pieza solamente. Quería apuntarse más, pero yo protexté otros compromisos. ¡Celosillo!

Su rodilla oprimió fuertemente la de su amante y con voz acariciadora añadió:

—¡Tontuelo! ¿Cómo puedes imaginar que alguien exista para mí en el mundo fuera de tu persona? ¿No te convencerás nunca de que tú eres mi ideal soñado y que nada podrá alterar el amor que te tengo?

—¿Ni la venida de tu marido?

— ¡Ah, mi marido! No le conoces. No te he dicho que yo soy nadie para él? Vendrá, nos saludaremos como dos antiguos conocidos y luego viviremos aparte como si no existiésemos el uno para el otro.

—¿Y volverás a mi casa?

—Imposible, ¡Qué locura! Pero yo procuraré hallar los medios de vernos con frecuencia.

—Isabel, ¿Por qué no te resuelves a huir conmigo? Realizaré todo lo que poseo aquí y nos iremos a vivir en cualquier rincón del mundo.

Quedóse ella pensativa un buen rato y después murmuró:

—Jorge, conozco muy bien la condición humana: estoy segura de que faltando el incentivo del pecado, sobrevendrá el hastío y al cabo de un mes me arrojarás de tu lado.

—Juzgas por lo que tú propia sientes, ingrata. En cuanto a mí ¿qué mayor felicidad que pasar toda mi vida a tu lado? Hastiarme yo! ¿Dónde habría de encontrar mujer más perfecta, más adorable? Yo te amaré siempre, suceda lo que suceda; pero tú....

—¿Dudas todavía? ¿Quieres qne te dé un beso en el salón delante de todo el mundo?

—No dígas disparates: dámelo aquí.—Y aprovechando la soledad de la salita, pues dos parejas que estaban tomando un refresco se habían retirado y los camareros estaban lavando vasos en el cuarto contiguo, sus labios se encontraron en un rápido y ardoroso beso. En el resto de la noche ocurrieron varios incidentes que no pasaron inadvertidos para los que van a los bailes con el exclusivo fin de hallar material para despellejar al prójimo.

Anita Pérez se retiró indispuesta a las doce, visiblemente contrariada, sin que bastasen a retenerla las súplicas de una media docena de adoradores.

También el Presidente de la República se retiró temprano, en medio de las disimuladas sonrisas de las damas a cuya penetración no se había escapado que el despecho del alto funcionario provenía

de la glacial acogida que sus cortejos habían encontrado en la beldad guatemalteca. No menos notorio fué el súbito enamoramiento del ministro salvadoreño, pues aún bailando con otras, sus ojos no se apartaban de Isabel, la cual, aunque halagada por tan valiosa conquista, cruzaba de cuando en cuando miradas furtivas con Jorge, como otras tantas protestas de fidelidad.

A las cinco de la mañana, cuando terminó la fiesta, el doctor Barrios se acercó a Isabel para ofrecerle su brazo: pero Jorge se adelantó y le presentó el suyo, que ella se apresuró a aceptar, no sin cambiar con el diplomático una mirada de disculpa que Jorge sorprendió al vuelo.

—Deseas que le ceda mi lugar,¿ no es verdad? —Dijo él, cuando subieron al automóvil.—¡Qué disparate! ¿Querías que faltara a la etiqueta, no dándole las gracias por su atención?

—¡Isabel! Es tan grande el dolor que he experimentado esta noche y son tantas las sospechas que tu conducta ha despertado en mi ánimo, que sólo encuentro un medio de satisfacerme. Esta madrugada me quedo contigo.

En vano ella protestó que la servidumbre se iba a enterar de todo; él insistió de modo tan terminante, que ella al fin condescendió y al penetrar en la casa se cerró la puerta sigilosamente tras ellos.

VII

LA TORMENTA

El agasajado diplomático creyó de su deber corresponder a los obsequios de la sociedad josefina con un baile regio. Quince días después el salón del Teatro, brillantemente iluminado, esperaba a la selecta concurrencia.

Dos días antes había ocurrido un acontecimiento trascendental en la vida de Jorge y de su amada; el Ministro Cerna, llamado de México por el Gobierno de Guatemala, había desembarcado en puerto Limón.

Cuando Isabel recibió el telegrama envió a Jorge una tarjeta, citándole para esa noche, a las nueve. Acudió él al llamamiento, y ella, estrechándole apasionadamente entre sus brazos, le dijo:

—Mañana llega mi marido. No sé cuando podré volver a verte, pues él es tan celoso de su honor que no me permite cuando está a mi lado ni siquiera salir sola. Si fuera por amor, menos mal; pero es por vanidad, por esa vanidad ridícula del *lord* inglés que no tolera que nadie ponga en duda la casta de sus perros de caza ni de sus caballos. Yo soy para él una *cosa*, pero le pertenezco; y cualquier murmuración contra mí pondría en peligro su reputación de diplomático.

—¿De modo que he de renunciar a verte? exclamó Jorge con desaliento.

—Pierda cuidado: la misión que le trae aquí no durará más de un mes, pues asuntos urgentes le llamán de nuevo a México. Ten paciencia. El y yo somos dos extraños: tu amor ha acentuado mi desvío hacia él, y en los días que permanezca a mi lado no haré más que pensar en tí.

Tenían las diestras entrelazadas y con la izquierda ciñó él su esbelto talle y la colmó de caricias.

—Adiós, pues, Isabel! Quisiera embriagarme durante ese mes fatídico que dices, o irme a una montaña, tapándome los oídos y cerrando los ojos para huir de tan horrible pesadilla.

Se había puesto de pie, sin dejar de acariciarla, cuando ella le dijo al oído mimosamente:

—¿Te vas? Y por qué? ¿Ya no me quieres? El último día de libertad!....

Y desprendiéndose de sus brazos corrió a cerrar la puerta.

Por espacio de dos semanas se recluyó Jorge en su taller y se dedicó a terminar aquel retrato tan íntimamente ligado con sus amores; y preciso es confesar que libre de la poderosa sugestión de su modelo, pintó de memoria mucho mejor que teniéndole delante.

No volvió en esos días a recibir a sus amigos, pretextando un viaje a Puntarenas: deseaba cortar toda comunicación con el mundo hasta que las cosas volviesen a su prístino estado y aquel aborrecido rival regresase a México. Ella le escribió dos tarjetas firmadas con seudónimo, llenas de ternezas y recuerdos. A la tercer semana un acontecimiento le obligó a abandonar su reclusión. El Gobierno había decidido festejar a los ministros centroamericanos, que habían arribado a nuestras playas uno en pos de otro. con un gran baile en el cual se sellarían todas las diferencias políticas y se pondría término a las inquietudes de los dos gobernantes vecinos.

Más que el incentivo de la fiesta, atraía a Jorge la curiosidad de conocer al marido de Isabel, cuyo retrato en miniatura conservaba aun en el bolsillo del chaleco.

Salió, pues, una mañana, y habiéndose detenido a tomar té en *La Palma.* se encontró de manos a boca con Paco Alvarez, uno de sus íntimos, quien abrazándole le dijo:

—Pero hombre, ¿dónde diablos te habías metido?

—Estaba de paseo en Puntarenas.

—¿Y el retrato de la señora de Cerna? Todo el mundo espera admirarlo en la próxima Exposición del 15 de Setiembre.

—Está casi concluido: faltan apenas unos toques.

—¡Qué mujer, chico! Qué mujer! A propósito ¿sabes que el salvadoreño está perdido por ella?

Jorge mudó de color y Paco sin advertirlo, prosiguió:

—Pues, sí, no sale de su casa; como es antiguo amigote del marido, andan siempre juntos los tres, o mejor dicho los dos—añadió sonriendo maliciosamente—pues varias veces los he visto dirigirse a la Estación o a La Sabana en automóvil.

Jorge sintió como si una fina hoja de acero penetrase en su corazón; disimuló, sin embargo, y preguntó con la mayor naturalidad:

—¿Y cuándo es el baile oficial?

—Mañana. Hoy circularon las invitaciones.

Jorge encontró la suya al regresar a su casa; sentóse en una poltrona y permaneció meditabundo largo rato. Los celos, aquellos celos que sintió en el último baile al ver el animado coloquio de su amante con el diplomático, le mordían de nuevo el corazón más cruelmente. Ahora se explicaba por qué a las dos tarjetas de Isabel, escritas en los primeros días de ausencia, había seguido un largo silencio. En la próxima fiesta se resolverían todas sus dudas; si advertía indicios de traición en Isabel, tendría una explicación con ella y luego inventaría un pretexto para batirse con su rival. La idea de que ella le fuese infiel le parecía tan monstruosa y a la vez tan posible,—dado el incomprensible temperamento de aquella extraña mujer,—que casi no pegó los ojos en toda la noche, agitado por mil contradictorios pensamientos.

¡Engañarle ella, después de tantos transportes de embriaguez amorosa! Olvidarle, cuando tantas veces le había jurado ser siempre, eternamente suya!

¿Qué sería su vida sin *ella*, sin la felicidad soñada, sin la diosa que era la personificación de su ideal? ¿Le estaba ella engañando? ¿Era una pérfida sirena sin sentimientos ni escrúpulos, arrastrada al fingimiento por la coquetería, o una pobre víctima de la histeria? Por la mente de Jorge cruzaron mil ideas contradictorias, mil impulsos violentos de matanza y de suicidio. Sí, al día siguiente ocurriría algo terrible: si sus sospechas se confirmaban, aquel baile sería el trágico desenlace de su idilio.

A las nueve de la noche dos largas filas de carruajes y automóviles obstruían el paso en las calles que convergen delante de la fachada del Teatro Nacional, vaciando sobre las aceras ramilletes de señoras y señoritas con trajes de todos los colores de moda, abrigos de costosas pieles (que el calor de la estación hacía innecesarios,) y tal variedad de perfumes que cualquiera se creería transportado a las grandes fábricas parisienses de Rigaud o de Piver. Andaban unas con paso menudito, cual si la estrechez de las zapatillas o la desmesurada altura de los tacones las torturasen como el zapatito metálico a las damas chinas; otras se contoneaban imitando los movimientos de la natación, cual si caminasen, no con las piernas, sino con los brazos; y todas se esforzaban en demostrar que *andaban* a la moda,

pues aunque parezca inverosímil, en nuestra capital se adopta de tiempo en tiempo un andar, como si fuera un sombrero o un peinado.

Un grupo de jóvenes de buena sociedad estacionados en la esquina y probablemente despechados por no haber recibido invitación, se ocupaba en despellejar a las que pasaban al alcance de sus envenenadas saetas.

—¡Ahí viene Mechas!—dijo uno rubio y de nariz colgante como la de un judío, ¿la vieron ustedes cuando pasó contra el farol del auto? No lleva ropa debajo. ¡Qué barbaridad!

—Don Nemesio y sus hijas!—exclamó otro joven paliducho y de pelo ensortijado: ¿de dónde sacará el pobre señor para trajear con tanto lujo a sus cuatro pimpollos, si gana apenas ciento cincuenta colones en el Ministerio de Relaciones Exteriores?

—Es que las niñas están con el Ministro en relaciones interiores—repuso un jóven grueso y lampiño, cuya incisiva observación hizo estallar una carcajada general.

En tal forma continuaban manchando reputaciones con sus viperinas lenguas, cuando de improviso se detuvo enfrente de ellos un hermoso automóvil blanco, cuya portezuela abrió un lacayo. Salió de él un caballero, en quien los maldicientes reconocieron al doctor Barrios, Ministro de El Salvador el cual ayudó a descender del vehículo a una dama resplandeciente de hermosura, vestida con un traje de terciopelo color de cereza. Detrás bajó otro caballero, cuyo paso, ademanes y estiramiento denunciaban al diplomático de profesión. La apraición

de la soberana belleza produjo un largo silencio en el corro; pero cuando los tres penetraron en el vestíbulo, desatóse una tempestad de pullas.

—El trío inseparable, dijo uno.

—¡Pobre Jorge Medina! observó otro: desbancado con diplomacia!

—Pero ustedes no saben una cosa: el Ministro guatemalteco no se llama Cerna, sino Cuerna.

—¡Qué lenguaraces son ustedes! insinuó uno que hasta entonces no había chistado: vivo enfrente del diplomático y jamás he visto entrar al doctor Barrios cuando Cerna está ausente. A Medina lo vería llegar antes todas las tardes para hacerle el retrato; pero ya concluído no volvió. Yo creo que esa hermosa dama es tan bella como honrada.

—Cuando mueras te vas derecho al limbo, le dijo el rubio sonriendo. Luego el grupo se situó delante de la entrada para ver el baile que ya había dado principio.

Jorge llegó cuando estaba al terminar la primer danza: sus ojos buscaron inmediatamente a Isabel y al verla del brazo del salvadoreño, palideció y se mordió los labios. ¡Siempre aquel hombre interpuesto entre ella y él.! Apenas cesó la música se dirigió Jorge a presentar sus homenajes a la señora de Cerna, a cuyo lado estaban dos caballeros: su compañero de baile y otro de naríz remangada, negro bigote y semblante inexpresivo. Isabel hizo la presentación de su acompañante, el doctor Barrios, y entre los dos rivales cruzáronse dos miradas frías como dos espadas, tocándose apenas las enguantadas manos. Luego, volviéndose al caballero de los

negros bigotes, le dijo con la mayor naturalidad del mundo:

—Manuel, este es el pintor de quien te hablé, cuya caballerosa intervención me libró en el tren de las groserías de un conductor impertinente.

—Mi marido,— añadió, dirigiendo a Jorge una mirada enigmática, llena de malicia.

La mano que Jorge había extendido hacia el presentado pareció paralizada y necesitó todo el dominio de sí mismo que había adquirido con el trato social para estrechar la del desconocido, aunque sus ojos delataban una sorpresa profunda. Y no era para menos: la fisonomía del marido de Isabel no correspondía a la de la miniatura extraída del guardapelo y que él conservaba en el bolsillo del chaleco; ?Cómo olvidar nunca el rostro de aquel hombre aborrecido que era legalmente el dueño de la mujer adorada?

Invitóla para la siguiente danza, y aparentando indiferencia para no despertar murmuraciones en el maldiciente público, le dijo:

—Isabel, necesito hablar contigo a solas. Lo exijo; si mañana no tenemos una entrevista, pasará algo de lo cual tendría que arrepentirte toda la vida.

Ella le miró asombrada y fingiendo también indiferencia, contesta:

—¡Vernos a solas! Pero si es posible!

Sin embargo, ese tipo despreciable te ve a todas horas, pasea contigo en automóvil y ....

—¡Qué ridiculez! ¿Vas a tener celos de él?

—Es preciso, Isabel, que nos veamos mañana a todo trance; aquí mil ojos nos observan y no pode-

mos explicarnos libremente. No extrañes que en toda la noche no vuelva a bailar contigo. La malicia de nuestra sociedad es tan refinada, que ni un gesto pasará inadvertido para ella.

—Pero ¿cómo vernos mañana?

—Es muy sencillo: vas a las tiendas a las tres de la tarde, hora en que según los periódicos, hará su visita oficial tu marido al Presidente de la República; tomas un automóvil de alquiler, llegas cerca de mi casa, te bajas, cubriéndote la cara con un velo espeso y....ya conoces el camino.

—Pero es arriesgado.

—¡Ah! antes nunca se te había ocurrido esa idea ni esa palabra,— replicó él con amargura.

—Es que antes estaba libre y ahora no; antes logramos despistar a los maldicientes y ahora hay infinidad de personas que nos observan con malicia cuando hablo contigo.

—¿De modo que rehusas?

Pareció ella vacilar un poco y luego murmuró:

—Aguárdame—

No hablaron más. En el resto de la noche no volvió Jorge a bailar con Isabel; pero como notó que redoblaba la asiduidad del cuzcateco, a quien dió ella el brazo repetidas veces, se acercó él a Anita Pérez, con quien hizo los paces, invitándola a bailar con tanta frecuencia que el público no pudo menos de hacer comentarios, mientras la inocente y desgraciada señorita no cabía en sí de gozo. Los cortejos de Jorge fueron observados por Isabel, y a pesar de las palabras de su amante no pudo reprimir su despecho. Bien conocía Jorge la psi-

cología femenina, y su táctica tuvo por resultado que antes de amanecer pidió Isabel su abrigo para retirarse.

Al pasar cerca de él le dijo en voz baja, llena de resentimiento:

—Supongo que ya nuestra entrevista no es necesaria.

—Al contrario, dijo él; es indispensable.

A las tres de la tarde un automóvil se detuvo en una callejuela vecina a la Estación del Atlántico y de él bajó una señora vestida de negro y con el rostro cubierto por el espeso velo de su sombrero de fieltro. Dirigióse con paso ràpido a la preciosa *villa* de Jorge Medina y encontrando abierta la verja, siguió por la callejuela enarenada, que crujía bajo sus diminutas zapatillas de charol.

Apenas penetró en el zaguán, la puerta se cerró tras ella y se sintió oprimida por dos brazos vigorosos.

—¡Isabel!

—¡Jorge!

—Pensé que nunca vendrías.

—¿Y por qué pensabas así? La conciencia te acusa; anoche me olvidaste del todo para dedicarte a cortejar a Anita. ¡Cuánto me hiciste sufrir!—El se puso repentinamente serio y oprimiéndo su talle con la diestra, la condujo a la sala.

Sentáronse en un diván, manteniéndola él siempre en sus brazos, y con una calma aterradora, cual si pesase las palabras, le dijo:

—Yo te creía sincera: por mí has arriesgado tu honra, tu vida; yo te he sacrificado mi juventud, mi porvenir. Tú eres para mí el amor de toda mi existencia, amor insustituible, que significa vida o muerte para el que lo experimenta. Creí neciamente que tú me amabas de igual manera y que eras capaz de sacrificarlo todo por mi cariño. En lugar de la pasión enloquecedora, forjada en mis ensueños, sólo he encontrado doblez, falsía, refinada perfidia...

—¡Jorge!

—Sí. Después de lo que ha pasado entre nosotros me parece que yo tenía derecho a exigirte sinceridad.

—¿No te he repetido mil veces que te amo, que no amaré a nadie más que a tí?

¿—Aún tienes en ese medallón mi retrato?

—Aquí está, aunque el peligro de que lo viese mi marido ha sido insignificante al lado del placer que siento en llevarte sobre mi pecho.

—¿Permites que lo vea?

—¿Por qué no? dijo ella abriendo el guardapelo. Jorge contempló su retrato, lo sacó y examinándolo por el reverso vió inscrito un número 5. Una palidez mortal cubrió su rostro. Levantóse lentamente, mientras ella le miraba sorprendida, y con voz apagada y por lo mismo trágicamente espantosa, comenzó así:

—Me dijiste, para probarme tu amor, que ibas a colocar mi retrato en lugar del de tu marido. Yo mismo hice la sustitución, pero guardé la miniatura en lugar de destruirla. Aquí está. Este no es tu marido. ¿Lo ves?» añadió sacando del bolsillo el

diminuto disco: narizaguileña, patillas, rostro enjuto, y el que anoche me presentaste es toda lo contrario.

¿Tienes, pues, dos maridos? Dos! *Cinco*! ¿Ves este número puesto por tu propia mano? Yo soy, pues, tu quinto amante. ¿Verdad? Tu quinto juguete, tu quinto capricho, despreciable e infame....!

La cruel palabra que iba a pronunciar no brotó al fin de sus labios, y bajó la cabeza anonadado por el infortunio.

Isabel había ocultado el rostro entre las manos, sollozando convulsivamente.

Después de corto silencio prosiguió él con el mismo tono frío e inexorable.

—Confiesa, pues, acaba de destrozar mi corazón, que tan confiadamente creyó en tus falsas promesas.

Ella entonces se arrojó a sus pies llorando desesperadamente y abrazando sus rodillas, gritó con desconsuelo:

—Despréciame, Jorge, maldíceme, piensa de mi lo que quieras; pero yo te juro que nunca he amado a nadie más que a tí, que sólo tú has sido mi ilusión, mi dicha, y mi consuelo.

—¡El quinto¡ ¿No es esta la quinta vez que repites lo mismo?

Levantóse ella con la dignidad de una reina ofendida, y enjugándose las lágrimas dijo con voz firme:

—Está bien. Me arrojas de tu lado. Es justo: soy una mujer despreciable. Me iré de este país con mi marido; pero nunca, te lo juro por lo más sagrado, nunca dejaré de amarte.

Salió con la frente inclinada, lentamente, sin volver la cabeza, reprimiendo los sollozos. El sintió deseos de correr tras ella, detenerla, pedirle perdón y devorarla a besos; mas su amor propio ofendido, y aquel siniestro pensamiento de haber sido víctima de una aventurera, le impidieron moverse y permaneció impasible, con los brazos cruzados hasta que la adorable silueta de la mujer incomparable traspuso la verja y se desvaneció para siempre como un mal sueño disipado por la aurora.

Al anochecer, los criados encontraron a Jorge tendido en un diván y presa de ardiente fiebre. Pocos días después los periódicos anunciaban la partida del señor Ministro Cerna que iba con su señora a establecerse definitivamente en la capital de la República Mexicana.

VIII

CONVALESCENCIA

(*Páginas del diario de Jorge Medina, encontrado por el autor en la gaveta del escritorio de su amigo*)

Me figuro que he nacido de nuevo, que dentro de mi ser se ha operado una restauración completa y que yo soy otro del que solía, con nuevos bríos, nuevas aspiraciones y una energía insólita que abre ante mis ojos espléndidos horizontes.

Hace tres semanas que estoy en *El Platanillo*, y no parece sino que esta finca me fuera conocida desde la infancia, tanto es el cariño que me inspiran hasta sus más secretos rincones.

Su propietario, don José Valdés, íntimo amigo de mi padre, tuvo noticia de que yo estaba enfermo de gravedad en San José; desde aquel momento él y su familia se constituyeron en mis ángeles guardianes y a sus solícitos cuidados debo el hallarme libre de las garras de la muerte.

Grave, muy grave estuve, según me cuentan, y deliraba incesantemente y decía mil disparates, a extremo de que el bueno de don José permanecía solo a mi cabecera y obligaba a su mujer y a su hija a retirarse para que no oyesen mis desatinos.

Cuando recobré la razón y el doctor me declaró fuera de peligro, el bondadoso amigo se empeñó en llevarme a su finca, en donde los aires campestres cooperarían a mi restablecimiento con más eficacia que todas las drogas y potingues de la botica. Y no carecía de razón el excelente don José; pues al día siguiente de mi traslado me sentí otro y a haberme dejado, habría recorrido toda la hacienda como un escolar en vacaciones.

Difícil es imaginar una propiedad más pintoresca y simpática: es un edificio de un solo piso, cuadrado, con amplio corredor por los cuatro costados y un pasadizo que de norte a sur lo divide en dos alas. Parece demasiado grande para las tres personas que lo habitan; y así, aunque hay salas especiales para la biblioteca, el costurero, el billar, y cuartos para huéspedes, quedan tres o cuatro aposentos desocupados. Acaso don José se imaginó que su progenie iba a ser numerosa y como hombre previsor preparó alojamiento para cada uno de sus herederos; mas como el destino nos reserva iróni-

cas sorpresas, resultó que de aquel matrimonio modelo no hubo más que un vástago, la angelical Mercedes, alegría y alma de la casa.

Mis habitaciones, que consisten en una bien amueblada salita y un espacioso dormitorio, ocupan el ángulo nordeste del edificio, el que mira a los vastos potreros, los corrales y la lechería. Al rayar el alba me despiertan lo balidos de los terneros a los cuales hacen dúo los bramidos de las vacas y uno que otro mugido de los toros de cría.

Levántome ordinariamente antes de las seis para contemplar el idílico cuadro de un centenar de reses de las mejores razas holandesas, inglesas y suizas, que acuden a la casa, ellas guiadas por el instinto materno, ellos por la matinal ración de afrecho, guate y sal.

Bien cuidados cafetales, frondosas milpas, espesos cañaverales con un trapiche de hierro y tres o cuatro hectáreas de frutales cubren las trescientas de que consta la finca. En los graneros se apilan sacos de café caracolillo para el gasto de la familia, maíz, frijoles, panela y leña en abundancia

Estudiando la vida de esta casa he pensado muchas veces que en este apacible lugar se esconde la felicidad ambicionada, ¡Cuán inquieta, agitada, febril, tentadora y cruel la vida de las ciudades, con sus múltiples desengaños, sus intrigas, sus dificultades pecuniarias y sus humillaciones! ¡Qué libre, plácida, feliz y cómoda la de este propietario que todo lo tiene de sobra y que aislado en este rincón no abriga más ideal que el del trabajo, más ambición que la dicha de su familia y de

sus servidores, ni más satisfación que la de dormir con el pensamiento de que no ha hecho mal a nadie!

Don José Valdés, hijo de un acaudalado propietario del Puriscal, había cursado en el Liceo de Costa Rica hasta el cuarto año: mas comprendiendo que su temperamiento práctico y enérgico no era el más apropósito para las carreras liberales, abandonó los estudios con la anuencia de su padre y se consagró al cultivo de sus fincas con tanto celo, que a la muerte de aquél había doblado el capital.

Encontrándose demasiado solitario, contrajo matrimonio con la señorita Leonor Valverde, que acababa de obtener su título de maestra en San José. Retirados desde entonces a su finca llevaron allí una vida paradisiaca. La mayor mortificación de don José era la de ir a la capital todos los sábados en vía de negocios; y si por casualidad se veía obligado a permanecer un día más, regresaba malhumorado.

Cuando su hija Mercedes cumplió siete años-presentóse el difícil problema de su educación. En *El Platanillo* no había escuela, y aunque la hubiese, no era posible confiar aquella alma inocente al cuidado de cualquier jovenzuela ignorante colocada por el favor ministerial. Trasladarse a San José con sólo ese fin pareció muy duro al matrimonio; no obstante, cuando estaban ya resueltos al sacrificio, una feliz circunstancia vino a solucionar todas las dificultades. Un suizo que llegó a contratar con don José la cosecha de azúcar, le habló de una compatriota suya, instruída, inteligente y de exquisita

cultura, que se encontraba sin colocación. El asunto se arregló fácilmente, y ocho días más tarde la señorita se hallaba instalada en la finca, en la cual permaneció cinco años, adorada de Mercedes y colmada de regalos por sus agradecidos patrones.

He tenido ocasión de apreciar la educación que la profesora suiza instiló en el alma de Mercedes, y me he quedado sorprendido al ver que no solamente la hizo adquirir sólidos conocimientos científicos, sino una cultura literaria, y moral poco común en Costa Rica. Don José y su señora esposa, por su parte, echando mano de sus recuerdos de colegio y de las selectas obras que constituían su exigua biblioteca, contribuyeron eficazmente a la obra educativa de la joven institutriz.

Cuando llegué a la finca, Mercedes era una encantadora niña que iba a cumplir los diecisiete. Físicamente mostraba precoz desarrollo en su estatura, en su pecho y en sus robustas pantorrillas. Intelectualmente, es un cerebro bien amueblado, de equilibrio perfecto, con un sentido común tan recto y una lógica tan rígida, que al discutir con ella resulta inútiles todos los textos y todos los silogismos.

Su frente amplia, su naríz graciosamente remangada, sus hermosos ojos pardos velados por crespas pestañas, su boca de labios sensuales y firmes, su barbilla algo pronunciada, todo denuncia una de esas naturalezas enérgicas y emotivas, capaces de las más atrevidas resoluciones.

¡Y qué espíritu tan sensible y elevado el suyo! Cuando yo me sentí bastante fuerte, sus padres me

instaron para que completara la educación. Ninguna ocupación podía serme más grata: la inacción, aún enmedio de las mayores comodidades, es la más pesada de las servidumbres. Un artista de intensa vida intelectual, condenado al aislamiento, me recuerda siempre al poeta Ovidio confinado en los pantanos del Danubio.

Se convino en que las clases fuesen de tres a cinco en la biblioteca. ¡De tres a cinco! Una cuerda dolorosa vibró en mi corazón cuando don José me propuso aquellas dos horas como las más adecuadas, por ser las que precedían a la comida. Como en siniestra pesadilla desfilaron en mi cerebro aquellas sesiones de pintura en casa de Isabel, y cerré los ojos y me juré cerrar para siempre la caja de mis recuerdos, que sólo emociones malsanas y criminales me habría proporcionado.

No creo que maestro alguno haya tenido una discípula más dócil, atenta e inteligente que la mía. Leíamos un día a Emerson, y al acabar el libro me dijo:

—Se ve que ese señor nunca ha pasado trabajos y que su optimismo en moral proviene de que juzga que todos los hombres tienen como él todo lo necesario para la vida cómoda.

Discutiéndo en otra ocasión a Tolstoi, me aseguró que si el novelista la entusiasmaba en *Guerra y Paz*, el reformador la dejaba fría en sus obras sociológicas, eterna contradicción entre la vida real y los ensueños del poeta ¿Por qué no siguió escribiendo novelas, en lugar de meterse a apóstol? ¿Víctor Hugo habría sido para ella más artista si prescin-

diendo de su ampulosidad y de su afán de erudición hubiese presentado la realidad desnuda, como lo hicieron más tarde los naturalistas. Encantábanle las obras de Darwin, de Humbold, y de otros hombres de ciencia, que habían sabido unir al caudal de sus conocimientos la forma adecuada para expresarlos.

Sus preguntas eran a menudo desconcertantes.

—La tierra gira al rededor del sol ¿no es verdad? Y el sol gira en torno de una estrella de la constelación de Hércules. Y esa estrella ¿al rededor de cuál?

—Todavía no lo ha determinado la ciencia.

—Pues entonces no sabemos nada. Mientras no se averigüe el principio de todo!....Mi principal preocupación es dar a mi despierta discípula una educación fundada en sus propias observaciones, y así salimos con frecuencia al campo, en donde puede recoger copiosa información sobre animales y plantas.

Más de una vez sus preguntas me dejaron perplejo.

—¿Ha notado usted—me dijo un día—que las plantas trepadoras se enroscan de izquierda a derecha, como los caracoles? ¿Por qué no lo hacen de derecha a izquierda?

No supe qué responder y humildemente confesé mi ignorancia, remitiendo su pregunta al tribunal de los naturalistas nacionales.

La historia de Costa Rica, en su arqueología, geología, política, ciencia económica y agricultura le sugerían tales preguntas, que yo, incapaz de con-

testarlas, hubo de atenerme a mis lecturas y satisfacerlas del mejor modo posible.

Jamás había encontrado yo hasta entonces una inteligencia más abierta, una intuición más clara, un sentido común más admirable. Sus objeciones me dejaban callado, sus preguntas introducían un mar de confusiones en mis pensamientos. Pero si sus observaciones científicas eran sorprendentes, lo aparecían aun más las que se referían al orden moral o político.

—¿Por qué—me decía una tarde—los gobernantes de este pueblo de agricultores no se empeñan en fomentar la única fuente de riqueza del país? me dijo Ud. que el primer presidente, don Juan Mora, ofrecía premios a los que abrieran nuevos caminos. El tuvo la visión clara de que en el cultivo del suelo estaba el porvenir de la nación. ¿Por qué los demás presidentes no pensaron lo mismo? Si desde entonces cada gobierno se hubiera preocupado de hacer carreteras bien cuidadas, todo el mundo se habría dedicado a hacer fincas.

Vea usted, si de aquí a la capital hubiese un camino transitable lo mismo en verano que en invierno, papá no se vería obligado a pagar un flete triple o cuádruple en la estación lluviosa, los artículos de primera necesidad que él manda a la ciudad, se venderían a bajos precios, él ganaría más y la gente pobre pagaría menos.

¿Cómo explicar a aquella niña que la política lo invade todo entre nosotros, y que antes que las necesidades del país están los intereses de los partidarios, a quienes hay que repartir prebendas y contratos?

Copiando una tarde los apuntes que yo le había suministrado sobre la historia de Costa Rica, quedóse largo rato pensativa y luego me dijo con el tono cariñoso que le era habitual:

—Maestro, he reflexionado mucho sobre lo que he escrito, y he llegado a la convicción de que Costa Rica, cuando proclamó su independencia, arrastrada por el ejemplo de las naciones vecinas, no estaba educada para la vida autónoma, y de ahí que después se hayan continuado las arbitrariedades y despotismos del tiempo de la colonia.

Coincidía de tal manera mi modo de pensar con el de aquella filósofa de diecisiete años, que por largo rato me quedé silencioso contemplándola, como quien admira un prodigio.

—¿He dicho algún disparate? me dijo llena de turbación, inclinando su hermosa cabeza.

—¿Cuando ha dicho usted ninguno? le repliqué con vehemencia. Usted, Mercedes, piensa mejor que yo, sabe más que yo, y en lugar de darle clases, es usted la que me hace pensar en cosas que antes no se me habían ocurrido.

Miróme ella con sorpresa y luego ruborizada exclamó.

—¡Si lo que he dicho es lo que puede pensar cualquiera que tenga sentido común! No se burle usted de mí.

—Hablo seriamente, Mercedes: quisiera ser un sabio para tener el placer de enseñarle algo; ahora comprendo que juntos podemos estudiar los grandes problemas del mundo, no de maestro a discípula, sino de compañero a compañera.

—No soy más que una muchacha ignorante, necesitada de dirección y de conocimientos. No tengo más que los pocos que he adquirido en los libros. Usted me ha enseñado a observar la naturaleza, y a pensar por mi cuenta. Pero tal vez usted se ha cansado ya de darme lecciones....

¡Cansarme! ¿Cómo puede usted decir tal cosa, si su conversación es para mí un placer inefable?

No replicó palabra, dobló la cabeza sobre el pecho con el rostro sonrojado, y se puso a trabajar sin mirarme.

¡Deliciosa criatura! Cuando voy yo por las mañanas a visitar los establos y a tomar los dos vasos de leche recién ordeñada que don José me ha recetado, ella, auxiliada por un sirviente, arregla mis habitaciones, como podría hacerlo la esposa más solícita. Sabe el lugar de mis libros predilectos, procura que no me falten plumas, papel ni tinta, coloca invariablemente sobre mi escritorio un florero lleno de rosas fragantes y en unos rincones las frutas que más me agradan. Como sabe que yo soy madrugador, a las seis de la mañana ya esta en pie, gritando a la criada que me lleve el desayuno, en el cual figuran deliciosos bollos hechos por sus hábiles manos. No hay capricho mío, deslizado inocentemente en una conversación, que ella no esté pronta o satisfacer sin demora.

Le referí una vez que una familia inglesa me había obsequiado con unos pastelillos de moras deliciosos, y al día siguiente encontré delante de mi

plato unos que correspondían exactamente a la descripción que yo le había hecho. Parece que su atención está pendiente de mis deseos y que todo su empeño es hacerme agradable mi estancia en la finca.

¡Qué idílica vida la de esta hacienda! Al despuntar la aurora me despiertan el balido de tres o cuatro docenas de becerros encerrados en el corral frontero a mi cuarto, y los bramidos de sus madres que vienen a buscarlos. Desde mi ventana contemplo las hermosas vacas, bayas las unas, manchadas de blanco y negro las otras, todas sanas y robustas, que resaltan en el verde de los prados como flores animadas. Hay también un pequeño rebaño de cabras y carneros, y un corderillo, *Dick* por nombre, que es el favorito de Mercedes y también el mío. ¡Cuántas veces la ayudé a darle el alimento matinal y a lavar y peinar su vellón, más blanco que las azucenas! Ella le abraza y le besa en el hociquillo y muchas veces hice yo lo mismo, incitado por el ejemplo y por la pureza que parecía simbolizar aquel animalito inocente y cariñoso.

Como don José y doña Leonor se levantan algo tarde, yo acompaño a Mercedes en sus faenas cotidianas: después de los cuidados prodigados a *Dick* viene la alimentación de las cincuenta aves de corral encerradas en el gallinero. Cuando se aproxima la bella amita con su cesto de maíz, es acogida por un concierto de graznidos de gansos y patos y cloqueos de gallinas. Una parte del grano la reserva en el delantal para sus pollos predilectos, que sin miramiento alguno saltan a su regazo y se

dejan acariciar, mientras yo contemplo absorto a la hermosa niña, viva imagen de la Aurora, de la diosa Fortuna que la mitología romana nos pinta como una joven con el delantal recogido, dentro del cual está la suerte reservada a cada mortal durante el nuevo día.

La alimentación de los cerdos estaba a cargo de los mozos, pues ella nunca se acercaba a la pocilga.

—Me repugna—me decía—un animal tan asqueroso, que sólo piensa en comer.

Después de vigilar la fabricación de quesos y mantequilla y de sacar de la despensa los víveres pedidos a la cocinera,—pues Mercedes es el ama de llaves— salimos a dar un paseo por las calles de frutales que se alínean al sur de la casa; bien por el jardín o por los extensos cafetales sombreados por cuajiniquíles y cepas de plátanos, ¡Qué inefáble placer se experimenta en esas horas tempranas, en que la naturaleza parece regocijarse de volver a la vida después del letargo en que la sumió la ausencia del astro rey! El oriente incendiado por los resplandores de la aurora, los picachos de las montañas lejanas doradas por el sol, el ejército de cafetos alineados como las tropas en una revista, cubiertos de olorosos jazmines,—que les dan la apariencia de arbustos nevados—y de gotas de rocío que brillan cual millones de diamantes, las palomas que cruzan las callejuelas con su andar menudito y coquetón, los yigüirros que saltan de rama en rama lanzando notas de clarín, las amarillas *cazadoras* que se deslizan entre las hojas en busca de insectos, todo este

conjunto de vida y de poesía no es para olvidarse cuando una vez se ha vivido.

Era tan poderoso su influjo, que Mercedes y yo vagábamos a menudo por las calles de cafetos sin decirnos una palabra. Admirábamos y sentíamos. De cuando en cuando un insecto, un pajarillo, una flor atraían nuestra atención; cruzábamos entonces algunas exclamaciones y proseguíamos nuestro paseo pensativos, preocupados por la belleza del mundo, más fácil de saborear que de expresar con palabras. A veces nos sentábamos en un camellón del cafetal y conversábamos sobre cosas intimas: ella me refería sus impresiones del escaso mundo que conocía, las de su niñez, salpicadas de incidentes llenos de gracia y de ternura, en las cuales se revelaban su naturaleza delicada y superior; yo a mi vez le contaba mis experiencias de la vida sin descender a detalles pecaminosos, que me habrían avergonzado ante el virginal candor de aquella niña angelical.

Me da el dulce tratamiento de «maestro» a pesar de mis protestas y de mi insistencia en que me llame simplemente Jorge pues unos pocos años apenas de diferencia en nuestras edades, no me autorizan para pavonearme con su título que sienta mejor a las canas que a los cabellos negros. Jamás pude conseguirlo: su simpatía hacia mí es profunda, sin duda, pero mezclada con un respeto producido a lo que parece, por un concepto erróneo de mi saber, que a ella debe figurársele extraordinario.

Si es grato discurrir por la mañana al través de los bosques bañados de rocío, de luz y de aromas

y animados por el concierto de los alegres pajarillos, lo es aún más el recorrer los campos vírgenes de una alma como ésta, tan rica en ideas, en imaginación y en afecto.

Al cabo hube de convencerme que el placer de las matinales excursiones proviene menos de los encantos de la naturaleza que de aquella charla variada y amistosa en que advertimos nuevos puntos de contacto entre nuestros espíritus. Y el descubrimiento lo hice casualmente un día en que ella no madrugó como de costumbre y tuve yo que hacer sólo el ejercicio obligado. Los prados me parecieron menos verdes, el paisaje enojoso e impertinente, y monótono el canto de los pájaros.

Y ese día hice otro descubrimiento más grave aún: que la divina criatura me interesaba más de lo que yo había sospechado, y sin sentirlo se convertía en una necesidad de mi existencia.

IX

EL IDILIO SE INTERRUMPE

(*Continuación del diario de Jorge Medina*)

Aprovecho la tranquilidad de este domingo para escribir largamente mis impresiones de los últimos días. Don José, su familia, y sus huéspedes se fueron a Alajuelita, de donde regresarán a la noche.

Porque hay que saber que tenemos dos huéspedes. El lunes llegaron de la capital doña Dolores de Munguía y su hijo Roberto, con intención de pasar en el Platanillo un mes, pues la señora está algo neurasténica y los facultativos le recetaron aire puro, tranquilidad de ánimo y olvido completo de sus asuntos comerciales.

El señor Munguia fué un viejo amigo de don José, con quien hacía diversos negocios y cuya amistad cultivó durante más de veinte años. Nada de particular, pues, tenía que su viuda solicitase la hospitalidad del munífico don José, el cual se apresuró a poner a su disposición toda su hacienda.

Era doña Dolores una jamona de cincuenta años, obesa, vacilante en el andar, con un parpadeo incesante bajo las espesas cejas grises y una locuacidad incontenible. Incapaz de continuar los negocios de su marido, experto comerciante, a la muerte de éste vendió el almacén y colocó a interés el dinero, proporcionándose así una renta de unos quinientos colones mensuales que se distribuían entre las necesidades caseras y la educación de su hijo Roberto.

El único vástago de la frondosa viuda es un jovenzuelo como de dieciocho años, alto y enjuto, moreno y sin asomo de bozo, con la faz ajada por la disipación y el aspecto de un hombre hastiado de los placeres y convencido de su superioridad sobre los otros.

Desde el primer momento me fué repulsivo: pone todo su conato en vestir a la última moda, armonizando el color de su sombrero, de su terno y de sus zapatos, sin omitir el ramito de violetas en el ojal. Había cursado en el Liceo hasta el tercer año, con malísimas notas y se había retirado sin aspirar el bachillerato, convencido de que Dios no le llamaba por ese camino. Para qué romperse la cabeza con ecuaciones y retortas si la renta de su madre le permitía vivir holgadamente y satisfacer todos sus caprichos?

Desde el primer día observé algo muy desagradable. La belleza y las prendas intelectuales de Mercedes no habían pasado inadvertidas para él, y la devoraba con los ojos como el animal hambriento que contempla las carnes palpitantes de un cuadro, incapaz de apreciar su valor artístico.

Por la noche, en la sala, la hizo tocar el piano y cantar, prodigándole vulgares piropos que ella acogía con visible desagrado, dirigiéndome miradas de protesta, y que yo escuchaba con manifiestos deseos de contestarlos con una bofetada.

No menos desagradable fué la observación que hice al día siguiente: al petimetre le gustaba madrugar, y a las seis le encontramos Mercedes y yo con su traje flamante y sus zapatillas de charol, dispuesto a presenciar las faenas matinales de la hacienda, nuevas para él. Nos miramos consternados, comprendiendo que aquella intrusión impediría nuestro ordinario paseo. Afortunadamente, el temor de mojar sus zapatillas no le permitió acompañarnos al través de los potreros y de las arboledas.

Cuando estuvimos solos, dijo ella lanzando un suspiro:

—¡Qué joven tan antipático! Ayer tarde corté una manzana de aquel árbol, roja y amarilla, y al partirla encontré dentro un gusano. Ese hombre es el gusano de la vida feliz, tranquila, que he gozado hasta ahora.

Yo la miraba perplejo, como quien no da crédito a sus oídos, y dije:

—Pero anoche usted se mostró muy obsequiosa con él, y tocó y cantó cuanto él quiso.

—¿Y qué había de hacer, sin faltar a la cortesía? ¿No advirtió usted que nunca he tocado ni cantado tan mal como anoche?

Continuamos nuestro paseo por las calles de cafetos, cubiertos ya de verdes bayas, y de pronto, sin pensarlo, instintivamente, mi mano asió la suya y seguimos caminando con los dedos entrelazados, silenciosos y pensativos.

Redobláronse durante el día las atenciones y requiebros del pisaverde, y en la tarde doña Leonor me suplicó que tocase algo para que bailasen Roberto y Mercedes. Nunca me he arrepentido tanto como en aquella ocasión de poseer algunos conocimientos musicales. Inútilmente alegué que me sentía débil, que había olvidado mi exiguo repertorio: la buena señora insistió en tales términos que sólo cuando noté que la viuda de Munguía le relataba por centésima vez, entre lágrimas y sollozos, la prematura muerte de su marido, me di cuenta de que lo del baile era un pretexto para librarse de las enojosas confidencias y de las muestras de dolor que las acompañaban.

Toqué rabiosamente, cual si quisiera destrozar el piano a puñetazos, mirando de reojo a la pareja que valsaba a los desiguales acordes de mi música, y pude ver que mientras ella se mostraba fría e indiferente, mirando con frecuencia al piano, él hablaba con extremado calor, como quien hace una declaración amorosa.

De pronto la vi sonreir, y casi inmediatamente dejé de tocar. Acercóse él al piano, dando el brazo a Mercedes, y me suplicó que tocase un poco más.

Yo aguardaba una protesta de ella, un signo de desagrado; pero como no ví producirse lo que esperaba, me invadió un despecho rabioso y me levanté de la banqueta, excusándome como mejor pude.

En la cena casi no hablé palabra, clavando obstinadamente los ojos en el plato. A hurtadillas observaba a Mercedes, que parecía preocupada y me miraba con inquietud y asombro.

Me dirigió una pregunta, a la cual contesté sin levantar la vista, y entonces ella apartó su plato, se quedo ensimismada y con un pretexto cualquiera se retiró a su cuarto.

Al siguiente día me levanté temprano y desde la ventana contemplé a Mercedes, atendiendo a sus faenas cotidianas con cierto desasosiego, mirando repetidas veces a mi cerrada puerta, como si esperase verla abrirse de improviso. Vi también a poco aparecer al gomoso, emperejilado y peinado con esmero, acercarse a ella obsequioso y almibarado; y con íntimo gozo advertí también que ella, cruzando unas cuantas palabras con aquel muñeco, se metió en la casa y no volvió a salir.

A la hora del almuerzo nos encontramos en el corredor, y mirándome fijamente me preguntó:

—¿Por qué no ha madrugado hoy como de costumbre? ¿No se siente bien?

—No, le contesté con alguna sequedad.

Entonces—replicó ella densamente pálida y con voz emocionada—¿Le han fastidiado ya nuestros paseos por la finca?

—¿Fastidiarme, si son los ratos más deliciosos que paso aquí! Pero no quiero ser importuno. Usted

es la que talvez no desea mi presencia por las mañanas, desde que tiene más digno compañero.

Dobló ella la cabeza sobre el pecho, en tanto que dos gruesas lágrimas asomaban a sus ojos, a la vista de los cuales, arrepentido de mis absurdos celos, iba a prorrumpir en un grito salido del corazón, cuando apareció su madre diciendo:

—El almuerzo está servido. ¿Qué te pasa? añadió viendo en su hija inequívocas señales de pesar.

—Nada, contestó ella, en tanto que doña Leonor nos dirigía a uno y otro interrogadoras miradas.

Terminado el almuerzo y llegada la hora de la lección, Mercedes se presentó cohibida en la salita de la clase, y yo comencé mis explicaciones. No sé cuántos errores cometí, ni mucho menos cuántos fueron los suyos al contestar a mis preguntas; pero a una abservación mía, quizá algo dura, no pudo ella contenerse y rompió a llorar.

—¿Què le pasa a usted Mercedes? Si la he ofendido, perdóneme.

Se levantó con el pañuelo en los ojos, sin pronunciar palabra, y yo me sumergí en un mar de confusiones, de los cuales brotaba una dudosa claridad que me llenaba de inefable dicha.

Del exámen de conciencia que siguió al estupor de la anterior escena, resultaron las preguntas que nunca me había formulado antes y que ahora se sucedían con aterradora evidencia.

¿Por qué no había pensado volver a la ciudad?

¿Por qué la intrusión de aquel mequetrefe me producía tanto disgusto? ¿A qué obedecía mi cruel

conducta con aquella chiquilla adorable, cuyas lágrimas habría bebido con delicia?

La respuesta no se hizo esperar: al analizar con calma mis sentimientos hube de confesarme una verdad que hasta entonces no me había atrevido a declarar: no era simpatía, no era amistad lo que yo profesaba a aquella preciosa niña, más bella y más pura que un capullo de rosa, a aquel ángel que me había hecho olvidar una pasión criminal: era amor ciego, adoración extática, el ferviente culto que todo corazón sensible consagra a una obra maestra.

Ella permaneció encerrada en su cuarto hasta la hora de cenar, en que se presentó en el comedor con la mirada vaga, que cuidadosamente apartaba de mí persona.

Advirtió don José su extraña actitud, y le preguntó solícito:

—¿Estás indispuesta, Mercedes?

—Desde esta mañana no me siento bien. Me duele la cabeza y creo que tengo calentura.

Don José le tomó el pulso y añadió:

—En efecto. Mañana mando por el médico.

—¡Si no hay necesidad! Mañana habrá pasado todo.

Doña Dolores y su hijo se mostraron preocupados por la salud de la princesa da la casa, y este último, sentado a su lado, le prodigó mil atenciones. Mercedes no me dirigió siquiera una mirada; yo estudiaba atentamente, su rostro pálido y serio y de pronto la ví sonreir al escuchar una palabra que Roberto le dirigió en voz baja.

Aquella sonrisa fué la gota de agua que hace rebosar la copa. Procuré disimular la cólera que me dominaba y fingiendo la más perfecta calma dije volviéndome a don José:

—Aprovecho la ocasión de estar reunida la familia para despedirme de ustedes.

—¡Cómo! ¿adónde va usted? exclamó sorprendido mi generoso huésped.

—A San José. Ya me siento completamente restablecido y puedo volver a ocuparme en mis asuntos. No sé cómo pagar las atenciones que de usted y su familia he recibido: el sacrificio de mi vida sería poco para compensar el cariño que ustedes me han mostrado, a mí, que en realidad no tengo en el mundo más familia ni más amigos que los que hoy voy a dejar.

La mirada que fijó en mi Mercedes es indescriptible: mezclábanse en ella una interrogación anhelante. una cruel zozobra, la angustiosa duda y el más vivo dolor.

—¡Pero eso no puede ser! exclamó doña Leonor. ¿No puede usted ir de cuando en cuando a la capital a arreglar sus negocios y permanecer aquí unos meses más? No dice usted que está solo en el mundo? Pues aquí tiene su familia. Además, perdone mi egoísmo de madre; y ¿la educación de mi hija que usted ha hecho con tanto esmero? ¿Quién, sino usted, ha podido inclinarla tanto al estudio y enseñarle tantas cosas?

La pobre niña cerró los ojos y su pecho escultural se levantaba, presa de tan violenta emoción, que me arrepentí de mis crueles palabras: no probó

bocado, sirvióse apenas un vaso de agua que apuró con mano trémula como una hoja sacudida por el viento, y luego se levantó y se encaminó lentamente hacia su cuarto. Sus padres parecían en extremo contrariados por mi resolución, mientras doña Dolores charlaba sin cesar, riendo y llorando alternativamente, y Roberto miraba al cielo raso con esa expresión vaga del que no piensa en nada o del que contempla mentalmente tentadoras imágenes.

Me retiré a mi cuarto a arreglarlo todo para mi próxima partida, agitado por terrible lucha: la conciencia me decía que no obraba bien, que me estaba portando como un villano, que estaba destrozando despiadadamente un corazón virginal; pero mi orgullo, herido por aquella inoportuna sonrisa, me instigaba a no cejar en mi próposito.

Escuché de pronto ruido en la casa, pasos precipitados, voces y dolorosos gemidos. Salí al corredor y me encontré con doña Leonor, quien con voz entrecortada me dijo:

—Mercedes está muy mal. Le ha dado un ataque: llora y tiene convulsiones. Le hemos dado valeriana, éter y qué se yo ¡cuantas cosas más.

—Puedo verla? murmuré, con el alma oprimida por inmenso remordimiento.

—¡Ya lo creo! Usted tiene sobre ella mucha influencia: ella le atiende en todo, y se calmará cuando usted le hable.

Precedido por doña Leonor entré en el aposento. La hermosa niña estaba vestida en su lecho, sollozando tan dolorosamente y sacudida por tales espasmos nerviosos, que alarmado me acerqué a ella,

oprimí su mano y procuré tranquilizarla con afectuosas razones.

Aprovechando un momento en que doña Leonor salió a llamar a la criada, dije en voz baja a Mercedes:

—Tengo que hablar mañana con usted. ¿Quiere que demos nuestro acostumbrado paseo?

Aquellas simples palabras produjeron en ella un efecto inesperado: cesó de sollozar, me miró asombrada largamente al través de sus lágrimas, y luego oprimiéndome la mano, suspiró:

—Bueno. Pero no se va usted mañana?

—No, nunca.

Cuando su madre entró en la habitación quedó agradablemente sorprendida y exclamó ingenuamente:

—¿No se lo decía yo? Gracias a Dios, hija, que te has calmado, y gracias también a tu bondadoso maestro.

Estreché de nuevo su manecita ardorosa y me despedí, sintiendo que un enorme peso había dejado de oprimirme, dando lugar a una felicidad indecible, como nunca la había experimentado hasta entonces.

X

AURORA

¡Fué ayer, sábado! Al rayar la aurora, el cielo zafirino, sin una nube, iba tomando un tinte violáceo y las estrellas se apagaban una tras otra, como los ensueños ante las groseras realidades del mundo. Salían de la sombra las montañas y una angosta franja de oro coronaba sus crestas, en tanto que se reanudaba en las granjas y en los bosques la estupenda sinfonía con que los seres animados celebran la aparición del astro que les da vida.

Las aves de corral saltaban de sus perchas, los cerdos se removían gruñendo en las pocilgas, los terneros hambrientos balaban a más no poder, ladraba el mastín encadenado en la perrera, y a la tempestad de mugidos, ladridos y gritos discordan-

tes de los animales domésticos uníase la algarabía de los pájaros que registraban las ramas y el suelo en busca del alimento cotidiano.

Al abrir mi ventana me pareció percibir las armonías de una orquesta gigantesca, una música no igualada por los más delicados instrumentos, que no era otra cosa que la condensación de mis emociones, de la certidumbre de amar y ser amado.

Vi aparecer en el patio otra luz más brillante que la aurora, a Mercedes vestida de blanco, con un lazo encarnado en los cabellos castaños y un cinturón del mismo color, que hacía resaltar la esbeltez de su cintura y la opulencia da sus formas.

Me dirigí inmediatamente a su encuentro y le estreché ambas manos. Me miró fijamente, algo pálida, y me dijo con una mezcla de candor y de malicia:

—¿Siempre piensa usted irse hoy?

—Eso depende de usted.

Cogidos de la mano nos alejamos de la casa, silenciosos, bajo los copudos árboles, y al llegar a los cafetales murmuró ella lentamente:

—Usted quería hablarme.—Aquí estoy.—Nunca había experimentado semejante embarazo: parecía que una mano de hierro oprimía mi garganta y entonces comprendí que las mayores emociones son mudas y sólo se traducen por la acción o el gesto.

Nos detuvimos.

Cerca de nosotros las oropéndolas reñían por la posesión de unas naranjas maduras y unos *comemaices* arrancaban las briznas de hierba.

—Mercedes. dije al fin, cuando comencé a recobrar el dominio de mí mismo: yo estoy aquí de

más, he abusado demasiado de la hospitalidad de ustedes y ahora que estoy restablecido me da pena seguir siendo importuno.

—¿Importuno para quién? respondió ella con calor. No, lo que hay es que usted está aburrido, que esta vida le parece insoportable y que en la capital está sin duda el objeto de sus pensamientos y de sus preocupaciones. ¿No es cierto?

No pude contenerme por más tiempo; oprimí sus manos entre las mías, y acercando mis ojos a los suyos, grité apasionadamente:

—Mercedes, o usted no quiere comprenderme, o su inexperiencia del mundo le ha impedido adivinar mis sentimientos. He tenido aventuras amorosas, pasatiempos frívolos, no lo niego; pero nunca hasta ahora, había comprendido el tesoro de felicidad que encierra el amor de una criatura tan perfecta, tan deliciosamente angelical como usted. Desde el primer momento en que pude apreciar todos los encantos de su alma, la mía no tuvo más objeto que el de adorarla. No creo que haya en la tierra una mujer que reúna tal suma de perfecciones. De usted depende mi suerte, mi vida. ¿Quiere usted que me aleje?

—Cuando usted anunció su partida anoche, creí que el firmamento se me había desplomado encima; me habría muerto si usted no llega y me trata cariñosamente. ¡Tan convencida estaba de que usted me aborrecía!

Nos habíamos sentado a la sombra de los cafetos, pues ya el sol comenzaba a picar, y al oír yo aquella exclamación apasionada, pasé el brazo alre-

dedor de su cuello, la atraje hacia mí y nuestras bocas se unieron en un largo, interminable beso. Cuando separamos nuestras cabezas, ocultó ella el rostro entre las manos, ruborizada, y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Experimenté la vergüenza del que ha cometido una profanación. Ella se puso en pie y murmuró con voz ahogada:

—Volvamos a casa.

Serenóse poco a poco mientras caminábamos lentamente, y dijo con los ojos bajos:

—¡Dios mío, qué mala soy! ¿Qué va a pensar usted de mí?

—Mercedes, antes de llegar a la casa, díme una cosa, una sola; porque es tan increíble mi dicha que sólo tus palabras pueden disipar mis dudas. ¿Me amas de veras? ¿Me quieres como yo te quiero, por sobre todas las cosas, inmensamente, con pasión, con locura? Si no es así, si apenas es el tuyo amistoso afecto, dímelo para irme hoy mismo y morir de desesperación en mi solitaria casa.

Detúvose ella un momento y con una mirada de ésas en que va envuelta todo el alma, dijo con voz reposada y solemne:

—Jorge, hace días que yo no soy la misma de antes. Parece que todo se ha acabado para mí cuando no te veo. Tu recuerdo, tus palabras, tus ojos me siguen por todas partes, todos mis pensamientos son para tí y hasta en mi sueño veo tu imagen y escucho tu voz. Yo no sé si esto se llama amor; si es así, sólo la muerte puede acabar con él. ¡Vieras cuánto sufrí ayer! Pensé que me aborrecías, aunque no po-

día explicarme el motivo. Tu frialdad, tu despego, tus duras palabras, tu insistencia en no mirarme me traspasaron el corazón como puñales. Si no vas a mi cuarto, creo que hoy estaría muerta. Pero ¿por qué estabas así ayer?

Sin darse cuenta, Mercedes me tuteaba, lo que me hacía sonreir no menos que el recuerdo de mis ridículos celos.

—¿Sabes que fué? Me figuré que mostrabas interés por ese fantoche de Roberto, y cuando te ví sonreir ...

Soltó ella una franca carcajada y poniéndose seria de repente, contestó:

—¿Eres tan humilde que no ves la distancia que hay de un hombre a un majadero ridículo? ¿Me estimas en tan poco que me crees capaz de simpatizar con maniquíes como ése, sín corazón ni cerebro?

—Tienes razón, los celos son irracionales. Ahora, Mercedes, dejemos a un lado los maniquíes y hablemos de nosotros. Después de nuestra conversación, me veo obligado a irme.

—¡Cómo!

—No sería decoroso seguir viviendo en tu casa sin declarar mis sentimieutos a tus padres; y como de seguro no me concederán tan pronto tu mano, me sería forzoso, a menos que ambos calláramos....

—Yo no oculto nada a mamá; no me atrevería a mirarla cara a cara si no le dijera lo que ha pasado entre nosotros.

—Quieres, pues, que me vaya.

—Irte, ¿y por qué?

—Porque si tus padres se enteran de nuestros amores no podrán tener la misma confianza y nuestras lecciones y paseos a solas serán imposibles.

Quedóse ella pensativa largo rato.

—Lo más correcto, proseguí es que yo hable esta noche a tus papás y si obtengo su aprobación, me marcho el lunes y vuelvo todos los sábados en en la tarde a pasar aquí el domingo.

—¡No verte en toda la semana!

—Es más duro para mí que para tí; pero así lo exigen las fórmulas sociales. Eso no impide que nos escribamos todos los días. Hablando de otra cosa, mañana va la familia a pasar el dia a Alajuelita. Yo no iré, porque tengo que escribir mucho.

—Entonces yo tampoco voy.

—De ninguna manera: quiero convencerme de que ese pollo pedante no te importa y que no eres capaz de coquetear con él en mi ausencia.

—Te prometo que no cruzaré con él una palabra y que si sabes que le vuelvo a ver siquiera, te autorizo para que le eches de la casa y para que me mates con tu indiferencia.

Estábamos cerca de la casa, en medio de un tupido bosquecillo de naranjos. Me detuve y le dije:

—Mercedes, mi encanto, mi amor, mañana no nos veremos en todo el día y pasado mañana terminarán estas encantadoras excursiones. ¿Nos separemos sin despedirnos?

Y rodeando su talle con mi brazo derecho, oprimí con el izquierdo su hermosa cabeza y la besé en la frente, en los ojos y en la boca, en tanto

que ella se abandonaba sobre mi hombro, murmurando:

—No, por Dios! Jorge. Después...

———

Anoche celebré en la biblioteca una conferencia con don José y su esposa, a quienes expuse mis intenciones, que fueron acogidas con visibles nuestras de satisfacción y aún de sorpresa, especialmente por el papá, pues doña Leonor, como mujer, no había dejado de adivinar la clase de sentimiento que la convivencia había despertado entre maestro y discípula.

Objetóme don José la juventud de su hija, indicándome la conveniencia de dejar trascurrir un año, tanto para que yo pudiese conocerla más a fondo, como para poner a prueba su amor, que dada la corta edad de Mercedes, pudiera resultar simple capricho o enamoramiento pasajero. Pareciéronme juiciosas sus razones y me sometí a ellas, quedando convenido que yo vendría todos los sábados y regresaría el domingo por la tarde.

Abrazáronme ambos con sincero cariño, y anoche, por primera vez desde hace muchos meses, me dormí mecido por ensueños de esperanza y de inefable ventura.

XI

LUZ MERIDIANA

Parece mentira que la noción del tiempo dependa exclusivamente de nuestras sensaciones y emociones. ¡Qué largo parece en los momentos de angustia! ¡Cuán breve en las horas de placer! La primera semana que pasé separado de Mercedes se me antojó interminable, eterna, en esta casa que me recuerda escenas dolorosas, a pesar de que la amorosa niña me escribía casi diariamente. ¡Pàginas deliciosas, impregnadas del delicado perfume de una alma candorosa y salpicadas de chispeantes ocurrencias!

«Ayer—me decía en su segunda misiva—nuestro don Juan sufrió un terrible desengaño. Para demostrar delante de mí su valor temerario, se propuso capear un ternero de dos años; pero a la pri-

mera embestida cayó él por un lado en un charco y por otro sus zapatillas de charol. Tan grande fué el bochorno, que le produjeron mis risas, que en la tarde anunció su resolución de regresar a la capital, sin dar oídos a las protestas de su madre, empeñada en quedarse con nosotros uno o dos meses más.

¡Imagínate mi terror! Un mes más de incesante charla y lloriqueos de la obesa señora! Treinta días, treinta siglos, de escuchar los impertinentes requiebros de este remedo de hombre ¡Cuando pienso que me hiciste la ofensa de creer que yo podía interesarme por ese titere y que por su causa pasé el día más horrible que he tenido en mi vida! Pero no: bendito día aquel, en que salió de tu boca la palabra que disipó mis dudas y mis penas»

De los días de la semana, el sábado era el que se deslizaba con más desesperante lentitud; a extremo de parecerme que todos los relojes de la ciudad se habían parado.

A las cuatro de la tarde montaba a caballo, seguía el camino de Alajuelita y al cabo de una hora divisaba el portón de la finca, delante de cuya verja se movía una figura blanca, como una mariposa revoloteando en el jardín.

Suave rubor cubría sus mejillas al estrecharme la mano: luego nos dirigíamos a la casa, en cuyo corredor me aguardaban los papás. Allí nos sentábamos en poltronas cercanas y cuando mis futuros suegros se ausentaban discretamente, comenzábamos

nuestra dulce charla, sazonada con furtivos apretones de manos.

Volvíamos a ocupar nuestros asientos después de la cena; pero entonces nos acompañaban los papás y la conversación versaba sobre asuntos generales, que ponían impaciente a Mercedes. La familia se retiraba invariablemente a las nueve y ella y yo nos separábamos descontentos, pensando en desquitarnos al día siguiente.

La mañana del primer domingo que pasé en la finca después de mi partida, jamás se borrará de mi memoria. Los únicos hechos que perduran en ella, los que se evocan al morir, son aquéllos marcados con el sello de la emoción.

Tenía el oriente un rosado vivísimo que iba palideciendo a medida que se esfumaba en la bóveda trasparente y azul. Ni el más leve jirón de niebla se cernía sobre los árboles, cuyos puros perfiles se destacaban con toda nitidez.

Parecía elevarse de la naturaleza en armonía dulcísima, a la cual se unía el alegre repique de las distantes campanas de Alajuelita, que tañían a misa. Salí al jardín, cubierto de espléndidas flores bañadas de brillantes gotas de rocío, visité los corrales en donde los terneros asomaban por entre los hilos de alambre los sonrosados y húmedos hocicos, balando desesperadamente, y los gallineros, en los cuales pululaban gansos, patos y pollos de las más variadas razas y colores.

De pronto una voz cariñosa dijo a mi lado:

—Buenos días.

Me volví sobresaltado y vi a Mercedes sonriente. Vestía un traje blanco, ceñido por ancha cinta azúl, y cubría sus opulentos cabellos castaños un sombrerillo de paja coquetamente inclinado sobre la oreja izquierda. Sus botitas de cordobán negro dejaban al descubierto el nacimiento de sus torneadas piernas.

—Has madrugado más que de costumbre, me dijo con malicia.

—¡El deseo de verte! Pensé que tú te habrías levantado temprano también.

—Estuve desvelada hasta las dos, me dormí a las cuatro y cuando desperté era ya de día.

Nos internamos por las calles de árboles, cargados ya defrutos, y seguimos lentamente por las de cafetos, cuajados de verdes bayas. Cuando llegamos al lugar en donde le di el primer beso, me detuve y mirándola maliciosamente, dije:

—Cuando nos casemos pondré aquí un monumento de mármol, por lo menos una lápida que recuerde el principio de mi felicidad.

Ella bajó los ojos, confusa y ruborizada, y como yo quisiera oprimir su talle con mi brazo, se apartó un poco y me dijo con firmeza:

—No. ¿Qué vas a pensar de mí? Cuando sea tu esposa no podré negarte nada; pero ahora, si me quieres, no insistas en pedirme lo que en un momento de embriaguez no supe rehusarte.

Despechado por su negativa no despegué los labios en el resto del paseo.

Observólo ella, y con tono deprecativo me dijo:

—¿Te han ofendido mis palabras? Mi inexperiencia y mi torpeza tienen la culpa. Al dejarme pasear a solas contigo, mis padres revelan su confianza en mi y en tu caballerosidad. Yo no tengo valor de engañarlos. Tú tampoco ¿Verdad?

No contesté una palabra, contrariado por las suyas, y regresamos a la casa silenciosos. Al llegar al bosquecillo de naranjos, se detuvo y tendiéndome la mano murmuró:

—¿No crees que tengo razón?

Estreché en silencio su mano; pero ella oprimiendo la mía, añadio:

—Eres injusto, Jorge; sabes que te amo con toda el alma. ¿Qué más quieres? No exijas de mí lo que me haría aparecer despreciable ante tus ojos.

Todo el día fué una continua mortificación para ambos. Yo estaba serio y disgustado, y ella me dirigía frecuentes miradas suplicantes, como implorando perdón por su franqueza.

En la tarde de ese domingo, al despedirnos, me dijo tristemente:

—Te vas resentido conmigo, lo comprendo; pero más adelante juzgarás que yo tengo razón y te arrepentirás de tu indiferencia.

Al ver rodar sus lágrimas comprendí mi error y la sublime rectitud de aquella alma angelical, y exclamé:

—Tienes razón, Mercedes. Soy un egoista. Ahora te quiero más que nunca.

El sábado siguiente me reservó una terrible contrariedad. Doña Leonor estaba enferma de tanto

cuidado, que dos facultativos fueron llamados de San José a toda prisa.

Cuando llegué a la finca estaban sus automóviles delante de la verja, pero no el trajecito blanco que ocho días antes se destacaba en la verdura del jardín como inquieta mariposa. Al oir pasos en el corredor Mercedes salió apresuradamente a recibirme, y toda llorosa me dijo:

—Mamá está grave. Los dos médicos están en consulta y papá se halla con ella, tan afligido que me da lástima!—Y después de estrecharme ambas manos amorosamente corrió al lado de su madre.

Salieron los dos médicos, estirados y graves, y don José así que los despidió me abrazó todo lloroso:

—Leonor está muy mal. Tiene pleuresía.

—¿Por qué no se queda ninguno de esos dos médicos?

—Dicen que no es necesario. Han dejado medicinas y mañana temprano volverán a verla.

—Si usted permite, yo velaré esta noche: conozco la enfermedad, pues de ella murió un hermano mío, y sé perfectamente el tratamiento que debe darse en tales casos.

Don José me abrazó de nuevo conmovido y enseguida me instalé a la cabecera de la enferma. a cuyo lado estaba Mercedes, solícita y afiigida.

Velamos toda la noche, desvelados por las mutuas miradas amorosas que cambiàbamos, mientras la enferma dormitaba, tomando de rato en rato las pócimas que le administramos. Don José se aproximaba cada cuarto de hora al lecho, observaba inquieto a la enferma y se retiraba de puntillas.

Aprovechando sus ausencias extendí el brazo por encima de la cabecera y me apoderé de una mano de Mercedes.

Ella intentó retirarla, como si se tratase de una falta de respeto; pero cediendo a mis suplicantes miradas me la abandonó durante toda la noche, sin mirarme, clavando sus ojos en el semblante de la enferma

Antes de las cuatro, cansada del continuo ajetreo de las criadas que traían agua caliente, sinapismos y potingues, se reclinó en la almohada de su madre, soltó mi mano y se durmió profundamente.

A la vista de aquel hermoso rostro, plácido y sereno, con los ojos entornados y los rojos labios entreabiertos, no pude contenerme y pasando detrás de la cabecera del lecho, me acerqué a ella con furtivos pasos de ladrón y deposité en su boca un ardiente beso.

Despertó sobresaltada, y mirándome con reproche se irguió en ademán de protesta.

Volví a ocupar mi puesto, arrepentido de mi falta, y en el resto de la madrugada no hubo más incidentes que las consultas al termómetro y el destapar de frascos para propinar sendas cucharadas a la enferma.

Antes de las ocho llegaron los doctores y declararon que había pasado la crisis, advirtiendo que durante todo el día debía continuarse el régimen prescrito.

Ese domingo Mercedes casi no salió del aposento de su madre y apenas cruzamos una que otra palabra: sus ojos, llenos de pasión parecían reconvenirme por mi audacia, y yo me sentí avergonzado al

pensar que una chiquilla me recordara mis deberes ante el lecho de la madre moribunda. Aumentó mi admiración por su buen juicio, por su valor moral, tan superior al que era de esperarse de sus diecisiete años, cuando al pasar a mi lado me dijo: «Pensemos ahora en mamá, después pensaremos en nosotros».

A la tarde, como yo ordenase que me trajesen el caballo, me dijo sorprendida Mercedes:

—Te vas?

—Si, tu mamá está fuera de peligro y tengo mañana asuntos urgentes en San José.

—Bueno, la velaré sola, respondió tristemente.

—¿Vas a velar? Pues entonces me quedo.

Estrechó agradecida mi mano, y luego añadió intencionadamente:

Pero formal; ¿verdad? no quiero que se repita lo de anoche.

Se lo ofrecí, no muy seguro de cumplir mi promesa, y de nuevo pasamos la noche con las manos entrelazadas por encima de la cabecera de la cama, separándolas cada vez que, don José entraba en la habitación.

Esta vez fuí yo quien se durmió, cansado por dos noches de insomnio. Cuando desperté a la alborada, Mercedes me contemplaba sonriendo.

—¡Qué diferencia! exclamé jovialmente; anoche te desperté yo, y a mi nadie me ha despertado, sino la claridad de la mañana.

—¡No faltaba más! replicó sonrojándose.

Nos despedimos al amanecer y cuando doblé el camino vecinal para tomar la carretera, vi su traje

blanco como una mariposa entre el follaje, y su pañuelo que se agitaba en señal de despedida.

Hoy es el cuarto domingo — pues escribo únicamente ese día por la noche—desde que me vine de la finca.

Ayer y hoy son días inolvidables en los anales de mi vida, y entre los pliegues de sus horas se conservarán, como una violeta en las páginas de un libro, los instantes más felices de mi existencia.

Ayer por la tarde llegué al Platanillo y encontré a doña Leonor todavía en el lecho, pero muy otra de como la había dejado. Al anochecer Mercedes y yo ocupamos nuestros asientos en el corredor, alumbrado por una lámpara de petróleo. Estábamos tan cerca que su rodilla oprimía la mía y su pie, primorosamente calzado con una botita gris, descansaba sobre el mío.

Insensiblemente mi brazo derecho ciñó su cuello y la atraje hacia mí hasta que nuestras bocas se unieron. Acaricié su talle, e inclinándome besé sus píes como las de una diosa. Apartóse ella sorprendida diciendo en voz baja:

—¡Estás loco, Jorge!

—Sí, le respondí; ¿cómo no estarlo si te adoro, si eres la criatura más perfecta que hay en el mundo? No habrá para mi un instante de tranquilidad mientras no seas mía. Mañana hablaré con tus papás para anticipar el día de nuestra boda. No puedo soportar este suplicio de Tántalo, teniéndote tan cerca y a la vez tan lejos de mí.

En aquel momento se presentó don José y nuestra conversación giró sobre tópicos vulgares. A las nueve, cuando íbamos a retirarnos, le llevé a un extremo del corredor y le dije:

—Don José, Mercedes y yo nos conocemos lo suficiente para comprendernos y estimarnos. ¿Permite Ud. que sea mi esposa en Diciembre? Faltan aún tres meses y tengo tiempo para los preparativos, arreglos de casa y demás pormenores.

Don José se quedó meditabundo un buen rato y por fin dijo con tono reposado:

—Mercedes es una chiquilla. Yo habría querido que la trataras siquiera un año y que poco a poco la fueras amoldando a tu carácter para que ambos fueran felices. Pero si te empeñas en anticipar el plazo...

—Si, don José, estoy resuelto; conozco suficientemente a Mercedes y creo que es capaz de labrar la felicidad de cualquier más exigente y más digno de ella que yo.

—Bueno, replicó tendiéndome la mano, en Diciembre.

No tuve oportunidad de comunicar anoche la fausta nueva a mi prometida, y esperé con tal ansia nuestro paseo de hoy, que desde las dos de la mañana estuve oyendo las horas que un reloj suizo, de larga péndola y grave campanilleo, daba en el corredor.

A las cinco estaba en pie y salí al jardín, sin escuchar más ruido que el intermitente clarín de los gallos madrugadores. Al pasar enfrente de los palomares oí arrullos que cesaron pronto; los cerdos gruñeron, creyendo que era la hora del alimento

matutino, y una que otra vaca al verme delante de la reja de los establos lanzó un bramido ronco.

¡Con cuánta impaciencia aguardaba yo la venida de la aurora y con ella la de aquella otra aurora en la cual se cifraba mi eterna felicidad!

Poco antes de las seis se abrió la puerta principal y apareció Mercedes vestida de rosado. Su falda algo corta, descubria el nacimiento de sus piernas soberbias, calzadas con medias de seda del mismo color del traje. Sus cabellos castaños recogidos en una sola trenza en cuyo extremo flotaba un lazo rojo que acariciaba su cintura, no se ocultaba como otras veces bajo las alas de su sombrero: para resguardarse del sol llevaba una sombrilla roja, con randas de fino encaje.

Instintivamente seguimos nuestro camino acostumbrado, callados y mirando al suelo.

—Tengo que comunicarte una noticia, pero no sé como la recibirás, dije al fin: anoche hablé con tu papá y le propuse que nos permitiera casarnos en Diciembre, en vez de aguardar un año que sería un siglo de tortura para mí.

Miróme a la vez sorprendida y regocijada, y repuso:

—¿Y accedió?

—Sí. Dentro de tres meses serás mía, enteramente mía y se convertirá en risueña realidad mi ideal soñado.

Pasábamos en aquel momento delante del camellón que fué testigo de nuestro primer beso, y deteniéndome, exclamé:

—El día de nuestra boda, como te dije, voy a colocar aquí una lápida de mármol con esta inscripción: «En este lugar se abrieron para mí las puertas del paraíso».

—Estas—añadí, acariciando con mi mano sus labios. ¿Quieres que nos sentemos? Y observando su vacilación, agregué:

—No temas manchar tu vestido. Aquí estarás bien, en mis rodillas.

Reclinó su hermosa cabeza en mi hombro y se abandonó indefensa a mis caricias.

. . . . . .

Al confiar al papel mis impresiones, en el silencio de la noche en esta casa solitaria y fría, no hallo palabras con que expresar la inefable felicidad, el supremo goce experimentado esta mañana. Soy tan dichoso que desearía ver hoy cortado el hilo de mi existencia para morir como los extáticos, rodeado de encantadoras visiones y saboreando el placer en toda su pureza."

XII

EL CREPUSCULO

(Aquí concluye el diario de Jorge Medina. El resto ha sido reconstruido por el autor, gracias a sus íntimas relaciones con el protagonista y con la familia Valdés)

Todo el mes de Octubre lo empleó Jorge en preparar convenientemente el nido de sus idílicos amores. Sucesivamente fueron entrando en la casa muebles de sala lujosísimos, un aparador, una mesa y doce sillas de roble tallado, estilo Luis XV, para el comedor, una cocina eléctrica y una reluciente batería de estaño, un lecho regio y una multitud de alfombras, cortinas, adminículos de tocador y

otras fruslerías y delicadezas que los enamorados saben que han de ser gratas a su ídolo.

Yo le visitaba con frecuencia (habla el autor), ayudándole en el arreglo de las salas y bromeando con él sobre el esmero que ponía en el alhajamiento del paraíso que preparaba a su espiritual compañera.

Dos veces fuí con él al *Platanillo*: era yo amigo de don José, con quien tuve negocios, pero no conocía a su familia.

Debo confesar que la presencia de Mercedes me dejó absorto. Jamás había contemplado tal suma de encantos físicos, intelectuales y morales. Niña por su candor, era una mujer por su maduro juicio y la cordura con que resolvía los más difíciles problemas. No pude menos de felicitar a Jorge por su elección, no sin cierta envidia, pues allá en mi fuero interno me juré que si alguna vez me decidía a abandonar mi vida cómoda y egoísta de soltero, elegiría para ahorcarme un árbol tan hermoso como aquél.

El dos de noviembre por la mañana, espesa niebla cubría la capital, envolviéndola en un velo de melancolía que espesaban aún más las campanas de todos los templos con su lúgubre doblar.

Al levantarme encontré debajo de la puerta un periódico, y hojeándolo distraídamente, lancé de pronto una exclamación de sorpresa.

En la segunda página una gacetilla anunciaba que la noche anterior había desembarcado en Puerto Limón doña Isabel de Cerna, y que la distinguida dama venía a pasar algunos meses en Costa Rica.

En la tarde fuí a visitar a Jorge y le encontré visiblemente preocupado. En su taller había un caballete cubierto con un paño negro, ante el cual estaba sentado en una poltrona, fumando a ratos y paseándose luego con insólita nerviosidad.

—Supongo que viste ya lo que dicen los periódicos, dije fingiendo indiferencia.

Sin responder palabra se detuvo ante el caballete y levantó el paño. Quedé deslumbrado. Isabel estaba allí, viva, sonriente, con los brazos y el seno desnudos, con su traje semitrasparente de odalisca, que descubría sus opulentas formas. Era un retrato perfecto, una obra maestra, y no pude menos de manifestar mi admiración.

—¿Te parece bien?

—Admirable, soberbio! Nunca has pintado nada mejor.

Nos arrellanamos en sendos sillones; y él sin mirarme, visiblemente preocupado, dejando escapar de los labios una nube de humo de su magnífico habano, me dijo con fingida calma:

—Supongo que vienes a comunicarme lo que dice hoy el diario.

—Es verdad. ¿Qué piensas hacer?

Me miró distraído y después de un largo silencio añadió:

—Esa mujer ejerce sobre mí una sugestión, una fascinación que no puedo explicarme. Comprendo que no he sido más que un juguete en sus manos, un amante numerado como un perro que lleva en el collar la marca del amo; al descubrirlo la traté groseramente, sentí que la odiaba y arranqué de

mi corazón, como una mala hierba, el último resto de mi amor. Y sin embargo.....tengo miedo de encontrarme con ella. ¿A qué negártelo?

—Pero tú estás enamorado de Mercedes y así me lo has confesado en más de una ocasión.

No respondió inmediatamente, mientras despedía espesas bocanadas de humo, y de pronto me dijo con tono confidencial:

—Para un temperamento artista como el mío no puede haber más que dos amores: el idílico, cifrado en la inocencia de una niña inexperta, o el dramático de una mujer mundana, acostumbrada a las lides pasionales. Como un hierro entre dos imanes igualmente poderosos, mi espíritu fluctúa entre la paz burguesa de un lugar campestre y las grandes emociones de un amor trágico. ¿Cuál triunfará? No lo sé.

—Jorge, repuse: si no estás seguro de que Mercedes vencerá la maléfica influencia que la *otra* ejerce sobre tí ¿por qué engañas a esa niña angelical, tan digna de ser feliz?

—No la engaño: la adoro con todo el alma y espero que ella sea mi áncora de salvación. ¡Ah! si pudiera anticipar mis bodas, estaría a salvo del peligro!

Al día siguiente, en tren expreso, llegó Isabel a la capital. Fueron a recibirla a la estación un edecán del Presidente, varios diplomáticos y muchos de sus amigos.

Dos días después el mundo oficial la obsequió con un baile en el Teatro Nacional, y con satisfac-

ción pude observar que Jorge no había asistido. Admirando aquella mujer tan bella, tan distinguida e inteligente, comprendí por qué mi amigo había evitado el encuentro, temeroso de la fascinación de aquella sirena.

Dos veces bailé con ella y la encontré preocupada; me habló de Jorge, y como yo le refiriera su próxima boda con Mercedes, palideció densamente y permaneció triste y silenciosa el resto de la noche. En vano el Presidente de la República, el Ministro de la Guerra y otros altos personajes la asediaron con sus atenciones; ella no salía de su mutismo y su melancolía se difundió por toda la sala como una atmósfera opresora.

Terminó la fiesta a las tres de la mañana y ofrecí el brazo a Isabel para acompañarla al automóvil. Cuando abrí la portezuela, me dijo, estrechándome la mano:

—Necesito ver a Jorge a todo trance. ¿Quiere usted decirle que vaya a mi casa mañana por la tarde? Se lo ruego.

No supe qué contestar. Me quedé perplejo, y advirtiéndolo ella me dijo extrañada:

—¿Rehusa usted cumplir mi encargo? Se trata de un asunto político, muy urgente, que debo comunicarle sin pérdida de tiempo.

Estuve a punto de contestarle que mi amigo no era diplomático y que todo aquel embuste no era más que un pretexto para enredar de nuevo a la incauta mosca en la tela sutil de la astuta araña. Me contenté con inclinarme y besar su enguantada mano, y cuando el automóvil hubo partido, anduve

vagando por las calles hasta el amanecer, resuelto a no ser cómplice del nuevo crimen proyectado por aquella divina e infernal mujer.

A las diez fuí a ver a Jorge y le encontré ocupado en desembalar varios cajones de muebles y vajilla de comedor.

Acepté su invitación de acompañarle a almorzar, bajo lo cual se trasparentaba el deseo de saber lo ocurrido en el baile.

Cuando nos sentamos a la mesa me dijo con fingida calma:

—¿Te divertiste mucho anoche?

—Bastante.

—¿Bailaste con *ella?*

—Sí, dos veces.

—¿Y no te habló de mí?

—No, pero yo le referí que te ibas a casar pronto.

Dejó el cubierto sobre el plato y mirándome fijamente añadió:

—¿Y qué te dijo?

—Nada (y en realidad no mentía) Creo que la noticia no le causó ningún efecto (perdóneseme la mentira en gracia de la buena intención)

Dejó de comer y puso los codos en la mesa y la cara en las manos. Pasados algunos minutos dijo lentamente:

—Hoy es sábado. Esta tarde iré al *Platanillo* y me quedaré allí toda la semana. ¿Qué te parece?

—Magnífico. Quédate allí quince días, meses enteros. Cásate, no vuelvas. En eso está tu dicha.

Te habla un amigo que desea sinceramente tu felicidad.

Movió la cabeza con ademán indeciso y nos separamos.

XIII

LA NOCHE

Domingo 13 de Noviembre, a las nueve de la noche. Jorge acababa de cenar y sentado en la butaca de su escritorio, fumaba meditabundo, con el entrecejo fruncido. No era difícil adivinar que bajo la bóveda de su cráneo galopaban mil ideas confusas o contradictorias. Dos horas antes se había despedido de Mercedes en la verja del *Platanillo*, y un tenaz remordimiento le decía que la pobre niña tenía derecho a quejarse de su indiferencia. Todo el día estuvo preocupado y frío, y su angelical prometida, a cuya femenil penetración no se escapó la actitud de su novio, tenía los ojos húmedos al decirle adiós en la puerta de la finca. Mientras lanzaba densas espirales de humo, su espíritu se deba-

tía en una lucha interior que a él se le antojaba uno de los círculos infernales del Dante. Amaba realmente a aquella chiquilla de cuyos encantos era ya dueño? ¿Sería ella capaz de labrar su felicidad y de encadenarle para siempre en la red de sus virginales gracias?

Y en tanto que se embriagaba con estos ensueños de égloga campestre y de existencia paradisiaca, se delineaban en su mente las formas divinas de una mujer incitante, de una diosa por la belleza y el talento, que le abría sus brazos, brindándole el tesoro de pecaminosos placeres.

Los criados se habían retirado ya, como era su costumbre, y Jorge se había levantado para cerrar la puerta de la calle, cuando oyó pasos furtivos en el corredor. Se detuvo sorprendido, con el oído atento, y un instante después Isabel estaba en su presencia. Vestía severo traje negro, cuyo escote dejaba al descubierto el nacimiento de sus senos y sus brazos blancos y torneados, mal velados por la sutil mantilla. Su falda dibujaba sus perfectas caderas y sus soberbias piernas realzadas por las botitas de tafilete oscuro.

Quedóse Jorge, mudo, helado, como ante la aparición de un fantasma.

Quitóse ella la mantilla, que arrojó sobre un sillón, y con los ojos bajos, las manos cruzadas, las facciones convulsas por la angustia, era la viva imagen del culpado que comparece ante el juez.

Sintió Jorge, después de su sorpresa, profunda compasión. Procuró dominarse y preguntó con fingida calma:

—¿Qué desea usted, señora?

Sentóse ella en un sillón y comenzó a sollozar amargamente.

Terrible era la lucha de Jorge entre su emoción presente y sus antiguos resentimientos. Instintivamente se acercó a ella y con amistoso acento le dijo:

¿Por qué llora usted, Isabel?

—¡Y usted me lo pregunta! He vuelto a Costa Rica por usted, por tí. Tienes razón de despreciarme, de echarme de tu lado como lo hiciste la otra vez, y sin embargo, ¡te lo juro por la memoria de mi madre! a nadie he querido más que a tí. No puedo vivir sin tu amor. Sólo tú has comprendido el desierto de mi alma, la sed de cariño que en ninguna parte he podido saciar, sino a tu lado. No me arrojes de aquí, mátame primero, porque yo no podré vivir ni un momento sin tí.

El siempre de pie, delante de ella, con tono grave replicó:

—Cuando te conocí me pareció que ante mí se había abierto el cielo. ¿Qué fin más elevado puede tener la vida para un enamorado del arte como yo, que el adorar a una mujer que es el compendio de todas las perfecciones, menos una, la sinceridad?

Si yo hubiera sido tu único amante, te habría robado, habría huído contigo al último rincón del mundo y saboreado la dicha inefable que a muy raros mortales está reservada. Pero yo fuí el número 5. ¿Cuál es el 6? añadió extendiendo su mano hacia el medallón de oro que brillaba como una estrella en el albo seno de Isabel.

Ella no opuso resistencia y Jorge lo abrió y vió dentro su propia miniatura.

La idea de una comedia hábilmente preparada cruzó por su mente. Ella lo comprendió y dijo:

—Cuando me alejé de aquí llevé en este relicario la imagen del único hombre a quien adoro. Si mi marido hubiese alguna vez tenido celos y hubiera abierto este medallón, estaba resuelta a confesarle la verdad y a dejarme matar por tu causa.

¿Quieres que vayamos a Méjico para decirle que no amo a nadie más que a ti? ¿Te convencerías entonces? Pero no, es inútil; te vas a casar con una niña hermosa y buena; sé feliz, como lo mereces, y yo seguiré el camino de dolor que me ha trazado la suerte y ojalá que llegue pronto su término.

Sollozaba tan desconsoladamente, con la cara oculta entre las manos, que Jorge, no pudo contenerse y separándolas acercó sus ojos a los suyos, murmurando:

—Isabel, después de lo pasado entre nosotros, tengo derecho para dudar de tu sinceridad. Si me amaras como dices, yo te sacrificaría mi porvenir y te consagraría mi vida entera.

Ella le contempló extasiada y rodeándole el cuello con sus hermosos brazos desnudos cubrió de besos su rostro.

La servidumbre dormía. Jorge se levantó y fué a cerrar con llave la puerta de la calle.

El sábado siguiente, en la verja de la finca *El Platanillo*, una joven vestida de blanco con lazos

rojos iba y venía intranquila, sin apartar sus hermosos ojos del camino de Alajuelita. A veces veía aparecer una carreta con el boyero dentro, con insoportable traqueteo de las ruedas contra el eje; más tarde era un muchacho que arreaba una vaca o un lechero vacilante sobre la montura, por haber gastado en la taquilla el producto de su venta.

Pero el esperado jinete no apareció, y esa noche la encantadora niña no pudo pegar los ojos, cargados de lágrimas.

El domingo muy temprano, el correo trajo una carta de Jorge en la cual se excusaba de la visita, pretextando asuntos urgentes. Mercedes nada dijo; pero su rostro revelava que había comprendido que la causa alegada era sólo una, pueril excusa y que la verdadera era algo terrible que tenía miedo de adivinar. Había en aquella carta una frialdad tan marcada que contrastaba de tal modo con el fuego de las anteriores, que no habría pasado inadvertida para una mujer menos enamorada que Mercedes. Vanamente se empeñó don José en demostrar a su hija que tal ausencia era muy explicable en persona de tantos negocios como Jorge. La joven no probó bocado en el almuerzo y luego se encerró en su cuarto a escribir.

El lunes por la noche fuí a casa de mi amigo (habla el autor) y le encontré en su escritorio, con una carta delante, los codos sobre la mesa y la frente entre las manos. como quien trata de resolver un problema intrincado y doloroso.

Cuando levantó el rostro para saludarme, noté que dos lágrimas brillaban en sus ojos.

—Celebro que hayas venido—me dijo tristemente: necesito desahogar mi corazón, porque siento que va a estallar; necesito comunicar a alguien mis luchas interiores para buscar consejo, dirección, alivio, luz, pues de lo contrario perdería la razón. Toma, lee—agregó alargándome la carta.

Decía así:

«Jorge: Ayer fué para mí un día de dolor apenas comparable a aquél que precedió al más feliz de mi vida. Tu carta no es sincera: si los negocios te hubieran retenido en la capital, podías haberme avisado con anticipación. Una horrible sospecha oscurece mi pensamiento como nube de tempestad; presiento que sobre mí se cierne una desgracia inmensa; que tú has dejado de amarme. Cuánto menos cruel sería tu franqueza que esta incertidumbre! Yo me he entregado a ti con toda el alma, y acaso esa misma confianza es la causa de tu despego. Si ya no me quieres ¿por qué no decírmelo claramente? Me moriré de pesar; pero esa muerte será mil veces más dulce que esta otra lenta y cruel que me causa tu extraña conducta. Dímelo pronto; te lo ruega tu M.»

Cuando hube concluído la lectura, Jorge me abrió su corazón, me refirió su entrevista con Isabel, los dos días de amorosa embriaguez que gozaron juntos y al terminar su relación se pasó la mano por la frente como si quisiera arrancar de su cerebro mortificantes ideas, e inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Con la confianza que nuestra intimidad autoriza—le contesté—declaro que lo que estás haciendo es sencillamente una infamia, un crímen abominable. Me dan tentaciones de ir a contarle a don José lo que pasa para que te acribille a balazos.

—Mátame tú mismo; aquí está mi revólver.

—Quisiera ser hermano de Mercedes para hacerlo. Yo tenía otro concepto de tí: desde ahora te retiro mi amistad.

—Oye—replicó vivamente, asiéndome de un brazo viendo que me levantaba para marcharme: no me juzgues tan mal, no me abandones. Hay en mi una fuerza que está por encima de mi conciencia moral y que arrastra mis mejores impulsos. ¿Soy por ventura responsable de haber heredado esa naturaleza? En vano raciocino, condeno la vileza de mi conducta y me empeño en libertarme de la fatalidad para labrarme una vida tranquila y dichosa en un hogar cándido y honrado; el dominio que *ella* ejerce sobre mí es producto de una potencia infernal a la que nadie puede sustraerse. No me maldigas, no me desprecies: soy un enfermo más digno de lástima que de vituperio.

—Eres hombre; apela a tu dignidad, a tu antigua firmeza de carácter. ¡Qué despreciable es quien se entrega sin luchar!

Meneó desesperadamente la cabeza, y yo, poseído de honda compasión, me alejé de él para no volver a verle nunca.

XIV

A LA SOMBRA DE LOS CAFETOS

A fines de Noviembre, cuando cesaron las lluvias y comenzaron a soplar los vientos del Norte que orean la tierra saturada de humedad, alegrando a los estudiantes con la promesa de las vacaciones de Diciembre; cuando la naturaleza despojada de los velos de niebla parece entregarse como joven desposada a las caricias del sol, circuló en la capital una estupenda nueva, comentada en los corrillos de la alta sociedad y entre los parroquianos de los casinos.

Isabel de Cerna había desaparecido sin despedirse y embarcádose en el vapor americano *Tenadores*, en cuya lista de pasajeros figuraba también el nombre de Jorge Medina.

Recogí en la calle la noticia y al llegar a casa encontré una carta de mi amigo.

Eran cuatro líneas escritas con el apresuramiento del criminal que teme perder tiempo para escapar de la justicia.

«Querido.—El Dr. Fernández, encargado de mis negocios, te entregará los muebles de mi despacho y mis papeles, que aceptarás como recuerdo de eterna despedida. El destino me lleva fatalmente.. ¿adónde? No lo sé. Si ves a Mercedes, dile....no, no le digas nada. Que me odie, que me maldiga: todo será poco para castigar....mi infamia? no, mi locura, mi debilidad. mi abyección. Te abraza por última vez—Jorge.»

El crimen se habia consumado: la virtud y la inocencia debían sucumbir ante la perversión y el vicio; la niña inocente debía ser víctima de la audaz aventurera sin conciencia, ni honor, ni corazón.

Pensé en el tremendo efecto que la noticia habría de causar en la familia Valdés, y tomando un caballo me dirigí al *Platanillo.*

Fuí recibido con la cordialidad de siempre, y don José y su esposa me agasajaron del mejor modo posible. Mercedes había enflaquecido: su mirada vaga, su palidez y su silencio revelaban la terrible agitación de su espíritu. Durante la comida no dijo palabra y apartó el plato.

De improviso me preguntó don José:

—¿Todavía no ha vuelto Jorge de su viaje por el Guanacaste?

Le miré extrañado, y luego, temeroso de cometer una indiscreción, añadí con fingida naturalidad:

—Hace algunas semanas que no visito a Jorge. Ignoraba que estuviese ausente.

—Sí, a Mercedes le escribió que probablemente pasaría un mes en Liberia, visitando unas fincas que le ofrecían en venta.

—A las cinco nos levantamos de la mesa y Mercedes se dirigió a la entrada de la finca. Era sábado y acaso esperaba que su prometido viniese como de costumbre.

Llevé entonces a don José a un ángulo del corredor y le expuse lo ocurrido en la mejor forma que pude: le conté cómo aquella infernal mujer había conseguido convertir a mi infeliz amigo en su esclavo, fascinándolo como la serpiente al tímido pajarillo, y traté de atenuar en lo posible su monstruosa conducta.

La emoción del pobre padre fué terrible. El dolor, la vergüenza, la indignación y la ira se sucedían en las contracciones de su varonil semblante. Tras un largo silencio añadió con voz ronca:

—¿Sabe usted adónde se ha ido? Aunque sea al fin del mundo iré en su busca para matarlo.

Le contesté que no sabía, y entonces llamando a doña Leonor le refirió lo que ocurría.

La impresión de la pobre señora fué aún mayor que la de su esposo: se puso lívida, abrió los ojos desmesuradamente y prorrumpió en sollozos y exclamaciones.

—¡Pobre hijita mía! ¿Qué le había hecho a ese infame para portarse así? Se morirá de seguro! ¡Ella tan inocente y tan cariñosa! Dios mío! ¿Qué delito hemos cometido para castigarnos así?

—Señora, le dije, tratando de calmarla: Mercedes viene y es necesario que por ahora no se entere de nada. Después la prepararemos para que el golpe no sea tan espantoso.

La buena señora se retiró llorando a sus habitaciones, y don José y yo nos quedamos en las mecedoras del corredor. Llegó Mercedes cabizbaja y se sentó a nuestro lado. Al ver aquella divina criatura, que desde la sedosa cabellera castaña hasta el breve pie era un conjunto de perfecciones, me dí a pensar cuán grande es la obcecación de algunos hombres que corren desatentados detrás de una sombra vana y engañosa, teniendo a la mano una realidad tan hermosa y adorable.

No dejó ella de notar nuestra actitud, y dirigiéndose a su padre dijo:

—¿Qué te pasa, papá? Estás disgustado ¿Verdad?

Antes que don José pudiese contestar apareció el cartero en la callejuela de la entrada. Mercedes corrió a su encuentro, entregó a su padre tres o cuatro cartas que llevaban el membrete de casas comerciales de la capital, y se guardó una dirigida a ella, cuya escritura debió de serle conocida, pues un resplandor de alegría iluminó su bello rostro.

Yo la observaba ansioso, con el corazón oprimido, con el presentimiento de una terrible catástrofe. Rompió impaciente el sobre, y acercándose a la barandilla para ver mejor, comenzó a leer, mientras su padre se enteraba de su correspondencia.

La ví palidecer, llevarse una mano a los ojos como si no diese crédito a lo que estaba leyendo, y por último lanzando un grito desgarrador que re-

sonó en toda la casa y se desplomó como herida por un rayo. Don José y yo corrimos en su auxilio y la trasportamos desmayada a su dormitorio, a donde había acudido doña Leonor, atraida por la exclamación de su hija·

Volví al corredor y recogí la carta que yacía en el suelo. Decía así:

—«Mi adorada Mercedes: Mis cartas para explicar mis ausencias no han sido más que pretextos. Antes de conocerte tuve relaciones con una mujer que me enloqueció a extremo de que por ella sacrifiqué honor, porvenir y dicha. Por fortuna esa mujer se alejó, y entonces pensé en hacer contigo un hogar tranquilo y colmado de bendiciones; pero *ella* volvió, y yo, cobarde, no supe resistir a sus tentaciones. Me voy con ella, como el dócil falderillo atado a la cadena del amo. No puedo remediarlo: soy víctima de no se qué fatal herencia y nací para morir en las trágicas luchas de la pasión, no en los dulzores de la paz campestre. Perdóname y olvídame. Aunque no lo creas, te amo y te amaré siempre! Jorge.»

El estado de Mercedes era tan grave, que yo mismo monté a caballo y fuí a la capital a buscar un médico.

Regresé con él a las diez de la noche y después de minucioso examen declaró que se trataba de una fuerte fiebre cerebral.

La desgraciada joven, presa de atroces convulsiones, estuvo delirando hasta la madrugada. El doctor no se separó de su lado y agotó todos los recursos de la ciencia. En la mañana recetó cierto

tratamiento y partió para la ciudad, prometiendo volver en la tarde.

Mercedes, aletargada por la morfina pasó tranquila el día, y el médico la encontró mejor; por la tarde, la fiebre no había disminuido mucho. Recomendó seguir estrictamente el régimen prescrito, y alegando que tenía un caso grave en San José, partió al oscurecer.

Jamás olvidaré el cuadro doloroso de los infelices padres, que sentados a ambos lados de la cabecera, examinaban ansiosos el rostro de aquella hija adorada, oprimiendo sus manos y sintiendo en su pulso galopar desbocado el corcel de la fiebre.

Yo me encargué de administrar las medicinas. A eso de las doce, cuando me acerqué a darle una cucharada de un líquido negruzco, se irguió de repente en la cama y mirándome con ojos centelleantes que me hicieron estremecer de horror, gritó:

—¡No quiero verte! Véte, Infame! ¿Qué te hice para tratarme así?.

Don José y su esposa adormilados por la larga vigilia, se levantaron sobresaltados y trataron de calmarla. Fué preciso ponerle una inyección de morfina, y a la una de la mañana se durmió profundamente. Sus padres reclinaron la cabeza en los bordes de la almohada, y yo en mi poltrona cerré poco a poco los párpados y vencido por un sopor imposible de dominar me entregué en brazos del sueño.

Soñé que en una mañana primaveral paseaba por los cafetales en compañía de aquella niña gentil. Los arbustos cuajados de jazmines despedía aro-

mas divinos; en los camellones las palomas collarejas, los *yigüirros* vocingleros y los rayados *come maices* daban saltos menuditos, cazando insectos. Ella, con su mano en la mía, me miraba cariñosamente. Pasé mi brazo alrededor de su cuello, la atraje hacia mí y la besé con ardor en la boca. En aquel momento desperté. Eran las cinco de la mañana. Por la ventana, cuyos postigos estaban abiertos, penetraba la claridad del alba. Don José y doña Leonor dormían profundamente, recostados en los extremos de la almohada de la enferma.

¡El lecho estaba vacío!. Allí estaba la ropa de cama, pero la encantadora joven había desaparecido. Di la voz de alarma y los tres seguimos apresuradamente por el corredor hasta la puerta principal, que estaba de par en par.

A nuestras voces se levantaron los criados y todos salimos desatentados y anhelantes.

El cielo era una bóveda de un azul turquí inmaculado. Las estrellas empalidecían lentamente, anunciando la aparición del sol. Un vientecillo fresco y acariciador mecía las frondas, mensajero de la estación seca, de las tardes poéticas, de las temporadas veraniegas, de la cosecha del café, fuente de la prosperidad de la república.

Instintivamente, guiado acaso por el recuerdo de las confidencias de Jorge, me dirigí hacia los cafetales seguido por todos los habitantes de la casa, pálidos, silenciosos, caminando apresuradamente bajo las arboledas, cuyas hojas brillaban humedecidas por el rocío. De pronto, al recorrer una de las callejuelas de cafetos nos detuvimos todos paraliza

dos de horror. Allí en uno de los camellones, sobre una alfombra de yerba, con la cabeza reclinada sobre el pecho como una azucena tronchada, yacía Mercedes en camisa, blanca como su traje, inmóvil, rígida, muerta....!

La infortunada niña había ido a exhalar su último suspiro en el mismo lugar en donde su amante le dió el primer beso, en donde más tarde se entregó a él con toda la inocencia de una almita ignorante de las maldades del mundo. Sobre su hermoso cuerpo se doblegaban las ramas de los cafetos cargados de bayas rojas como lágrimas de sangre y una mariposilla blanca revoleteaba en torno de sus ojos entreabiertos, en cuyas pestañas brillaba una cristalina lágrima.

Los primeros rayos del sol iluminaron la fúnebre procesión, a cuya cabeza iba yo llevando en brazos el cadáver de aquella divina criatura, honor que no quise compartir con nadie, acaso porque yo también estuve algo enamorado de ella; detrás don José, sollozando como un niño, sostenía a su esposa casi desmayada, en medio de los lamentos de la servidumbre que adoraba a su angelical amita.

EPILOGO

En el mismo sitio en donde Jorge pensó una vez erigir un monumento para conmemorar aquella mañana que fué testigo de su dicha, se alza hoy una severa cruz de mármol, blanca y desnuda como el cuerpo de la niña que encontró allí su trágico fin. Nunca faltan en su pedestal frescas rosas, y a cada aniversario va también allá mi corona de violetas; pero no he vuelto a visitar aquel lugar, porque el recuerdo de tan monstruosa infamia acabaría por hacerme odioso el de una persona a quien juzgo más digna de compasión que de vilipendio.

. . . . . .

Seis meses después del doloroso suceso que acabo de narrar, leí en un diario de la Habana la siguiente gacetilla:

"*Hoy en las primeras horas de la mañana ocurrió un lance de honor entre el conocido diplomático Dr. don Manuel Cerna y el caballero costarricense don Jorge Medina, resultando muerto éste último al segundo disparo. Aunque circulan varias versiones sobre el origen del duelo, nos abstenemos de hacer comentarios, limitándonos a lamentar el triste suceso.*"

FIN

LH #1—

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Vocabulario de los Niños

Nociones de Psicología

Los Aborígenes de Costa Rica

El Arbol Enfermo (Novela)

Diccionario de Costariqueñismos

(Segunda Edición)

DE VENTA EN LA

LIBRERIA TREJOS HERMANOS

APARTADO RR SAN JOSÉ, C. R. TELÉFONO 285

This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
Form No. 513, Rev. 1/84			

University of N.C. at Chapel Hill
00003071703